

Alberto Laiseca

Matando enanos  
a garrotazos



de

Empezamos con problemas, hay un gerundio en el título del libro (cuenta la leyenda que por esta razón no le otorgaron un importante premio literario cuando el libro aún estaba inédito). Encima, habla de enanos y los enanos no aparecen por ningún lado. Por otra parte, las historias son absurdas, excesivas, delirantes, violentas, pantagruélicas, y tienen personajes de una moral que más que calificarla de dudosa, habría que reconocerla como directamente escandalosa. Todo en este libro es cruel y desmedido, de una inverosimilitud corrosiva. Las personas de bien no le dedicarían ni siquiera una mirada de refilón. Las personas de bien no miran de refilón, las personas de bien no miran... Pero entonces ¿por qué esa curiosidad? ¿Estás pensando seriamente en abrir este libro? ¿Acaso podés llegar a pensar por un instante que en los trece cuentos que conforman estas páginas hay alguna verdad verdadera, de esas que dicen que tienen los libros? Bueno, entonces es posible que los enanos de jardín y los conformistas que no terminan nunca de emparejar el césped comiencen a mirarte con miedo.



Alberto Laiseca

# Matando enanos a garrotazos

ePub r1.1  
Ariblack 19.11.13

Título original: *Matando enanos a garrotazos*  
Alberto Laiseca, 1982

Editor digital: Ariblack  
ePub base r1.0



A la vera de un camino  
dos enanos castigaban una flor  
mientras le decían:  
—Aunque tengas buen olor  
¡No nos gustan las florcitas!

GALLARDO DRAGO

(Extraído de la cita perteneciente al libro  
*A bailar esta ranchera*, de Horacio Romeu)

## Gran caída de la Indecorosa Vieja

En el año doscientos de la Egira, ya existían los ómnibus en aquel remoto reino de las profundidades de Arabia. ¡Yah, Alah!: ayúdame para que por lo menos, por respeto al Diván, con su nube de emires, califas, sultanes, cadíes, imanes, derviches, calendas y creyentes, yo diga la verdad siquiera esta vez. Sea yo veraz, aunque Dios mienta.

Existían los ómnibus, repito, sólo que al no haber electricidad, ni estar solucionado el problema tecnológico de los motores a explosión, arreglaban las cosas con un motor más voluminoso. Consistía éste en una cámara grande como una habitación, donde quince esclavos hacían girar una enorme rueda conectada a un engranaje, que a su vez movía las pantaneras del ómnibus.

Cuatro capataces munidos de látigos mojados y espolvoreados con sal, se encargaban de estimular los bríos de los terrestres galeotes. El vehículo se movía lentamente, claro está, pero en forma segura.

Cada tanto había estaciones de servicio donde los galeotes, transformados en pulpa o tocino salado, eran echados a la Gehena de azufre y llamas que arde eternamente, situada por lo general detrás de la estación de servicio. Los muertos eran en el acto reemplazados por tropas frescas, como dicen los militares.

El cadí subió al automotor y sacó boleto de quince dracmas. Como a esa hora el transporte iba casi vacío, pudo sentarse confortablemente en un asiento del fondo ya la izquierda. Siempre que podía se instalaba atrás; en esta forma si un enemigo le hacía un signo mágico con los dedos, podía detectarlo con facilidad y tomar las contramedidas necesarias.

Mientras el artefacto autopropulsado se ponía en marcha, comenzó a recordar las más absurdas cosas. En ello estaba el cadí, trinando alegremente sus fantásticos pensamientos, sin prestar atención al traqueteo del ómnibus ni a los latigazos que se escuchaban desde el motor, cuando de pronto una vieja repulsiva que se había puesto a su lado, comenzó a toser para llamarle la atención —vanamente, por supuesto—; viendo que no le cedían el asiento —el ómnibus se había llenado en la parada anterior—, procedió a la puesta en marcha de un operativo de más vastos alcances: algo así como la pacificación de las Galias por Julio César, o Federico el Grande invadiendo la Sajonia. Me refiero a que le incrustó en el ojo derecho un ángulo de la cartera. Desagradablemente arrancado de sus ensueños, el cadí sonrió, levantó la cabeza para mirada, y le dijo con dulzura:

—¡Yah, Alah! ¿Cómo te has atrevido a incrustarme tu cartera en el ojo, falsa e inmunda salchicha de plástico; abominable creación del Malo; a quien el Profeta — ¡con él sean la Gloria y la Salsa para ensalsarlo!— confunda?

Dichas estas palabras, hizo detener el vehículo y llamó a la Guardia del Alfanje,

la cual se llevó a la repelente vieja arrastrándola de las patas, por lo que su pollera aleteaba alegremente, entremezclándose con el polvo y levantándolo a cucharadas.

Una vez instalado en su despacho, el cadí pasó a administrar una rápida justicia, dejando a la repugnante vieja para postre, que habría de merendar al siguiente día. Así, mientras ingería un refrigerio, condenó a un 10% de inocentes, liberó y «sin que el juicio afecte a su buen nombre y honor» a un 20% de culpables, y el 70% restante fue sancionado más o menos como lo merecía. Todo rapidísimo y en quince minutos.

Unas veintiocho personas, entre hombres y mujeres, fueron a parar ese día al suplicio de las soldaduras; consistía en trazar sobre la piel de los condenados, con barritas de estaño y autógena, toda clase de líneas y dibujos maravillosos que parecían oropéndolas anadeando sus culos por entre elipses de plata, y que se iban entrecruzando alrededor del cuerpo como un cañamazo, terminando por formar una sola pieza sobre la carne carbonizada. No dibujaban figuras humanas porque lo prohíbe expresamente el Profeta (¡con Él sean la plegaria y la paz!).

Se utilizaba oro, si era domingo; puesto que este es el metal que corresponde astrológicamente a ese día de la semana. Plomo si era sábado, etc.; y así también: hierro, estaño, plata, cobre y mercurio. El último metal mencionado no producía ningún daño por sí mismo, como es natural, pero las quemaduras del mercurio hirviendo gracias a la autógena eran más que suficientes.

Y dijo el cadí: «¡Yah, Alah! Agradezco a la Providencia que no haya un octavo planeta cuyo representante sea el platino, por ejemplo, que es carísimo»:

Los discípulos del cadí hacía rato que observaban a la asquerosa vieja carterista, haciéndoseles agua la boca.

A los fines de endosarle un espejismo o falso castigo, cosa que tuviese una pálida idea de la verdadera reprimenda que le habría de dar el cadí cuando se levantara por la mañana y diese alimento a los perros sagrados, arrancaron a la desabrida e intratable vieja las pocas muelas y dientes que le quedaban, para emparejarle las encías; en esa forma la vieja execrable y arisca podría articular mejor las palabras, e iniciar con eficiencia su defensa oral ante el cadí.

Compadecidos por lo demás ante su boca huérfana de piezas dentales, se decidieron por pura filantropía a ponerle una dentadura allí mismo sin falta. Así, comenzaron por atarla con alambres de púa a un poste, y luego, sin prestar la menor atención a los rugidos triunfantes de la maliciosa y detestable vieja, procedieron a meterle en cada encía —donde antes hubo dientes o muelas— un clavo a martillazos. Dichos trebejos estaban calentados al rojo; pero no para hacer sufrir a aquella aviesa pécora, vieja malévola e insolente, sino por su propio bien; ya que en esa forma, las heridas cicatrizaban de inmediato. La desalmada proterva, condenable y ruin vieja, vino a quedar de esta guisa con una dentadura nueva, como de plata.

Seguramente alguien se preguntará cómo es posible dar martillazos en el fondo de

una encía. Es que, estos Emires de los Dientes, habían inventado un mini martillo telescópico, encargado de producir en el interior de las fauces viejeriles, los indispensables micro climas de violencia.

Luego que a la pésima e indeseable vieja le hubo sido puesta la nueva dentadura, los Dispensadores de Dones quedaron cavilantes acerca de los méritos de la obra odontológica. En ese momento la dentadura parecía de plata puesto que los clavos eran nuevos; pero ¿qué sería de aquel argentino brillo una vez oxidados?

De manera que se los arrancaron a todos, uno por uno, y luego de haberlos sometidos a un baño de acrílico se los volvieron a meter en los mismos agujeros. Como los clavos habían sufrido un proceso de engorde a causa del plástico, no bailaban sino que entraron lo más bien.

Toda esta última parte de la operación, o sea la sacada y puesta, fue acompañada por la música de la descarriada, injusta y perniciosa vieja, quien lanzaba alaridos tan magníficos que los operadores llegaron a la conclusión de que ella estaba gozando intensamente. Para tal estimación se basaron en el cuarto principio de la termodinámica, o ley del segundo orgón, de Reich. En efecto, la anatematizada y perversa vieja obligaba a tal pensamiento con sus arqueos de espalda y, sobre todo, mediante los golpes que daba con sus pies: primero zapateaba con una pierna, después con la otra, luego otra vez con la primera, etc. De lo más erótico y análogo a un violento orgasmo. Corajuda, la rabiosa vieja, dentro de su placer. Irascible, la malsufrida geronta. Soberbia, la prepotente anciana. Arrebatada y torva, gozando sola y sin invitar a nadie, aquella tenebrosa furia. Sus berridos en cambio, soberanos y nítidos, no tenían nada de lóbregos ni desdibujados ni confusos; antes bien, los mencionados alaridos parecían ovaciones; o sea: el aplauso unánime del público cuando premia la labor de un artista. Aquellos rugidos sexuales eran luminosos, nítidos, diáfanos, paladinos, inequívocos y terminantes. Sus gritos deliciosos y reconfortantes hablaban de apetencias eróticas, de públicas demandas de lecciones prácticas.

Después de todo se las había arreglado para sacar provecho, la nauseabunda y malintencionada vieja. Más odiosa que nunca, la infame y fétida.

Así pues y por todo lo anteriormente referido, esos derviches, aquellos santones de la dentición, llegaron al convencimiento íntimo de que esta endiablada estaba de lo más alegre y gozosa, y que sus alaridos eran pura simulación, propia de un pudor koránico. Libres ya de remordimientos y con la conciencia tranquila, alguien propuso volvérselos a sacar y ponerle clavos de cuatro caras como los que se les colocan a los zombees, para impedir la rotación y asegurarlos a las mandíbulas.

Pero los demás se opusieron alegando razones humanitarias. En efecto: de proceder en esa forma, la maldita y podrida vieja sufriría innecesarias torturas. Lo mejor era asegurar los clavos ya puestos con un puenteo de estaño. Dicho y hecho: el



Sultán de los Odontólogos en persona procedió a fundirle, arriba de las encías, una barra entera con ayuda de un pequeño soplete de llama corta y fina. Media barra en la mandíbula superior y el resto en la inferior. Comenzó por la de arriba, ya que era la más difícil, y porque a la malandrina, maligna y vomitada vieja había que ponerla cabeza abajo para trabajar mejor. Este Califa de los Dientes siempre hacía los trabajos más difíciles primero, para después tener derecho a descansar. Era un tenaz. Uno de esos hombres que no se dejan subordinar por los reveses de la vida. De los que dan la cara al Destino y lo enfrentan virilmente. Pero cometió un error, al no advertir lo obvio: el puenteo de estaño, a la fuerza habría de quemar el acrílico. Todo el primer trabajo, en vano. Sin querer le habían otorgado el derecho a burlarse a la aprovechada vieja; atrincherada dentro de su mente en ruinas, ahora podría diagnosticar fracaso, la malvada grotesca y babosa.

El Profeta de los Odontólogos se puso rubí de vergüenza.

Cuando el cadí se levantó —y luego de sus abluciones matinales, que realizó como buen musulmán— dirigióse hasta donde se encontraba la terca, testaruda y contumaz arpía.

Sus discípulos le confesaron de rodillas que habían fracasado en su intento por poner en vereda a la incorregible, reincidente, recalcitrante y obstinada geronta. No dudaron, ni por un segundo, que el Maestro tendría más suerte.

Pasaron luego a informarle de la irreligiosidad de la impenitente vieja: atada con alambre de púa y cabeza abajo como estaba, bien podría haber dado gracias a Alah de que continuara soportándola un rato más en la Tierra, en vez de llevarla en el acto y sin más dilaciones a la quinta torca del infierno a donde seguramente iría. Pero no había rezado ni nada, aquella descreída relapsa.

También procuraron llevarla a la reflexión mediante un monólogo contrapuntístico de pinchos; así estaría preparada para pelear por su salvación mediante gentiles maneras, abdicando de su deplorable actitud; pero ni con ésas. Llegaron a la conclusión de que la despreciable e imposible vieja se hacía la loca para pasarlo bien.

El cadí ordenó que la sacaran del poste.

Cuando la llevaron a su presencia fue preciso sostenerla, pues se negaba a estar parada la muy cómoda; holgando en brazos de los otros y siempre tomando ventajas la perfecta inútil. El cadí tuvo la condescendencia de preguntarle cómo se llamaba. Sin prestarle atención, la altamente maléfica comenzó a cuchichear con el Enemigo de la humanidad, su Dueño y Señor. Al menos, eso dedujeron todos ante los extraños e indescifrables suspiros, graznidos, ruidos y otras. Chismorreaba con sus gorgoteos, sin duda para mantenerlo informado de las últimas novedades en la Tierra. Firme hasta el fin en sus herejías y blasfemias, aquélla, poco temerosa del Cielo, cerda. Testaruda, en su desviación contumaz. Pecadora, la obstinada sectaria. Inexpugnable,

en su atrevida desfachatez. Inconquistable, en su audaz desvergüenza de vieja puta. Invencible, en su temeridad petulante y díscola.

Para dar lástima —sin sospechar que el magistrado ya había sido advertido—, la ridícula y zalamera vieja escupió sangre e hizo otras mil gitanerías delante del cadí a los fines de seducirlo. Ingovernable, la cerril e insolente vieja. Deseaba robar el tiempo de los otros mediante engaños, la falaz y codiciosa anciana. El cadí comprendió finalmente, que aquella atroz pésima, con sus gemidos, balbuceos, sangre y continuos desplomes, no se proponía otra cosa que una maniobra parlamentaria de obstrucción.

En eso estaban cuando ella lanzó por la boca una especie de palabras; pero todo muy amanerado. ¿Qué habría querido decir con algo tan impreciso y equívoco, la ambigua vieja? Desconfiaron de la cínica, procaz e impúdica. Triste experiencia tenían con la descarada anciana. Desvergonzada, la geronta.

Por orden del cadí le fueron pasados rodillos ardientes por culo y espalda, como quien pinta. Era cosa de ver cómo saltaba la vieja mentirosa, para llamar la atención. Se le dijo que con pataletas e histerias no iba a conmoverlos.

¿Por qué no hablaba en su descargo, si se había cometido un error con ella? El cadí era un hombre clemente, sensible y proclive a la piedad. No se habría negado en modo alguno a escucharla.

Bien sabía la indignante, astuta y escurridiza vieja, que ningún argumento que esgrimiese podría haber justificado su malévolo acto carteril anti ojo. Se negaba a explayarse; rehusaba hablar, la silente vieja.

Era capaz de morirse, exclusivamente para molestar y escapar a su castigo que, por otra parte, aún no había sido determinado.

Entonces comenzaron a observarse signos de abdicación, por parte de la desfachatada vieja. Parecía desolada, como a punto de entregarse, abrirse a ellos. El cadí, como es natural, jamás quiso castigarla, sino sacar de su descarrío, desviación y error, a la renunciante decrépita.

Se veía meditabunda y deprimida, la desalentada geronta. Parecía que iba a hablar, apelando a la clemencia siempre infinita de los magistrados.

Pero por la expresión de astucia que observaron en un recoveco del cachete que aún poseía, comprendieron que había conseguido engañarlos otra vez y con una nueva insolencia.

Entonces decidieron que, por lo menos, le transformarían las tibias en flautas. Descarnadas que éstas —las extremidades— fueron, a la caminante vieja le cortaron las piernas a la altura de las rodillas, porque todo lo situado desde ese paralelo hacia abajo, molestaba para la construcción de las mencionadas flautas. Luego se procedió a vaciarle el interior de las referidas tibias con baquetas como las que se usan para limpiar los fusiles, y practicaron siete perforaciones sucesivas en cada una para lograr

las citadas máquinas de música. Dos flautistas procedieron entonces a tocar sobre la instrumentada vieja.

Ante los gorgoteos con metrónomo y diapasón de la musical vetusta —por alguna ignota razón se asemejaban mucho a los de un agonizante, pero no era eso en absoluto—, todos supusieron que ella pensaba emitir algo en su descargo y se acercaron para escucharla, provistos de cuadernillos y lápices de puntas filosas. El cadí, incluso, inclinó algo su regia cabeza hacia la dicharachera anciana.

Escupió un poco más de sangre. Otro gorgoteo, gemidos, y más sangre hasta completar un cuarto de pinta. Nadie le reprochó esta nueva hazaña; todos lo tomaron como algo muy natural; equivalía a la afinación de los instrumentos por parte de una orquesta. Ahora vendría el concierto. Se le dio tiempo; esperóse pacientemente. En vano. Estupefactos comprobaron que no tenía la menor intención de explayarse, la necia, torpe y estólida y portentosa vieja.

El egregio, sublime y altísimo cadí, tomó aquel silencio como una rareza excéntrica. Extravagante, la abultada vieja.

Tomó entonces la resolución de sacarle un poco más de carne; hacer marchar al destierro a otra parte de sus bienes corporales.

Aquí se acabaría toda la farsa. Terminarían para siempre las patrañas, jugarretas y triquiñuelas de la tramposa vieja.

El verdugo oficial la tomó para sí e hizo travesuras, efectuando —como buen matemático que era— algunas permutaciones y reemplazos de ovarios y orejas; hasta que el cadí, fastidiado, le dijo que cesase de importunar a la disgustada vieja.

La aparatosa y alharaquenta anciana estaba muy llamativa con toda la carne levantada. Rumbosa, habiéndose hecho pis y caca encima aquella cochina.

Deshonesta al mostrar sus huesos para erotizarlos y que así se olvidaran del castigo. La muy obscena vieja. Grosera y liviana, la descortés proveceta.

Ya que la cartera que introdujo al cadí en un ojo fue a causa del asiento, entonces le fabricaron un trono de hierro calentado al rojo, para que desde allí pudiera responder a la acusación. Medio reculaba desconfiada, la recelosa y suspicaz vieja.

Cuando la sentaron en el trono, ¡Yah, Alah!: recordó a la buena y briosa vieja de un principio. Chocha, la encanecida matriarca. Se retorció lujuriosa la impúdica, como no queriendo perderse ni una poca de aquella pagana, druídica fiesta. Relajada, la sádica e inmoral licenciosa. Burlona la incontinente, lúbrica y obscena sicalíptica. Una tarquinada, la indecorosa disolución de la Luzbel vieja.

Y después se quedó muy quieta. Quietísima.

El cadí sospechó algo tremendo. Ordenó a sus discípulos que le tomaran el pulso, temiendo lo peor.

Hizo sátira de ellos con su senectud inexpugnable y triunfante, la madura pimpolla. Sarcástica, esta venenosa anciana. Irónica, esa cáustica y mordaz vieja.

Punzante, aquella insurrecta sardónica. Rebelde y todavía amotinada, la facciosa. Mediante sus estratagemas sigilosas, la tortuosa vieja se les había ido transformando en alegoría. Una rareza, la sin par bribona. Persistente, esa malévola decrepita. Se moría, y con ello escaparía al castigo. Se sentían culpables; se reprochaban el haber fallado por perezosa irresponsabilidad. No habían sabido tocarle la tecla del dolor, a causa de una mezquina neurastenia, dejadez u olvido. Se moría antes de tiempo a causa de un descuido indolente y apático, por la inveterada desidia y la deliberada incuria. Se moría sin haber sido torturada, ni sancionada, y ni siquiera reconvenida. Se moría.

Y se murió nomás, la desobediente vieja.

Cuando la pira celestial incineró su último muerto —no bien cesó de funcionar ese antiguo horno crematorio, perseguido de cerca por las vengadoras sombras—, el cadí fue a la mezquita. Oró la noche entera para que el Profeta le perdonara su fracaso. Alah es Enorme.

## El balneario de crotos

Sus doctas Haraposidades, los señores Moyaresmio Iseka y Crk Iseka, reposaban esa mañana sobre la arena de la playa de la bahía de Gazofilago; este lugar estaba situado en el oeste de la Tecnocracia, junto al Océano Tracio, mucho más abajo con respecto al paralelo que pasaba por Monitoria, capital del país.

La tal bahía era prácticamente el último vergel antes del gran desierto del occidente, cercano a la frontera califal, conocido como *El Bronce de Satanás*.

Como nadie iba a la mencionada playa paradisíaca puesto que los magnates no la habían descubierto a tiempo, se fue convirtiendo poco a poco en una gran atracción turística para crotos. Linyeras y mendigos de toda la Tecnocracia pasaban allí sus vacaciones, e instalaban carpas de arpillera.

Cuando los potentados y jerarcas se percataron del lugar que habían perdido, ya era tarde. ¿Quién se atrevería —y con qué medios— a expulsar a los rotitos, que eran centenares y estaban protegidos nada menos que por el temido Benefactor (así llamaban también al Monitor o Jefe de Estado) a quien le habían caído en gracia?

Los crotos por su parte, chochísimos con la situación, viajaban de un punto al otro del enorme país haciendo lo que les daba la gana todo el año, y pasando uno o dos meses del verano en la bahía de Gazofilago.

Llegaban a la playa ataviados con sus plumajes más costosos, y centelleantes de mugre.

Los señores Moyaresmio y Crk, se encontraban confortablemente instalados bajo una sombrilla tan descolorida que parecía haber sido sacada del fondo del mar. Vestían bermudas hechas con restos de cortinas, las cuales tenían cosidas flores recortadas de las revistas de moda, y calzaban hawaianas de cartón atadas con piolines.

La mañana era hermosísima; no hacía demasiado calor y el agua quedaba a pocos metros de ellos, clara y pura.

Dijo el señor Moyaresmio, mientras tomaba un largo trago de vino blanco helado: —No hay nada como la vida natural.

Mientras bebían, estos dos déspotas ilustrados de la pobreza, escuchaban gracias a un fonógrafo antediluviano con manijita para darle cuerda, adaptado a 33 r.p.m. y cambiador automático: *Cuentos de Baviera*, *Marcha de la cerveza*, *Wenn der Toni mit der Vroni*, *Polca de Stachus* con Rudi Knabl en cítara, *Luisa la tiradora* y *En Munich hay una cervecería*, con Otto Ebner y su Orquesta de Vientos<sup>[1]</sup>.

Cerca de allí había un trencito de puestos para la venta de chorizos y panchos, edificado con maderas importadas de las cabañas hindúes, las cuales crecen como plantas a orillas del Ganges y que venían con gusanos y todo; tan podridas las tablas que podía hundirse el dedo en ellas.

Circulaban por la playa, numerosos rickshaw para crotos acaudalados, que pagaban al tirador de varas con azúcar blanco y fósforos.

No faltaban los bañeros con camisetas de football agujereadas, que tenían delante y atrás sendos carteles de papel sostenidos por medio de alfileres:

## Guardavidas

Los bañeros no sabían nadar, por supuesto; pero tampoco era necesario ya que los turistas eran alérgicos al agua, por razones obvias; para ser considerado un imprudente, bastaba colocarse tan cerca del mar que su espuma llegase a salpicarle los pies. Quienes montaban vigilancia se encargaban de llamar inmediatamente al orden a cualquier posible excéntrico. La tierra no se quita con agua sino con baños de arena, como todo el mundo sabe.

Mujeres despóticas en la abundancia de sus fofas carnes, y que por la edad bien pudieran haber sido camareras de María Estuardo reina de Escocia, se paseaban de lo más orondas luciendo tangas apretadísimas, hechas con telas de amianto, robadas de los rincones destinados a guardar extinguidores, granadas, matafuegos y otras. Es que los trajes de baño hechos con amianto puro, estaban haciendo furor ese año.

Había también, sin embargo, chicas bastante jóvenes, desgreñadas con elegancia, de un color parduzco —no se sabía si por el sol, la raza o la tierra—, que anadeaban sensuales. Lamento decir que no todas eran honradas; las seducían especialmente los linyeras gordos, de anteojos ahumados, tomadores de mate *con azúcar* y que jamás descendían a prender un cigarro con un tizón sacado del fuego, sino que exclusivamente usaban fósforos. Con un derroche que las dejaba pasmadas, veían cómo estos ricachos encendían un cigarrillo armado y luego, con displicencia y los ojos entornados, tiraban el ya inútil palito de cabeza quemada. Estos gordos, podridos de tabaco y azúcar *blanco*, insisto, nunca fumaban un armado hasta súper quemarse los dedos. Les pegaban 13 ó 14 pitadas y después los tiraban.

Horas más tarde, a través de un crepúsculo de aguas rojizas, y luego de comer morcillas y chorizos exquisitos, y quesos picantes asados en parrillitas improvisadas con alambres, regadas generosamente estas viandas con un par de tintillos cosecha 20 de octubre de 1983<sup>[2]</sup>, sus Rotosidades Ilustrísimas, previo acomodarse los plúmbeos andrajos, se tiraron de panza sobre el pasto, muy cerca de la arena, fumando con una suerte de magisterio tan sólo superado por emires califables.

Dijo el señor Moyaresmio, mientras lanzaba un largo suspiro:

—Estas fiestas al aire libre, me recuerdan los grimoríos que cada tanto efectúan los magos.

Crk, algo somnoliento:

—¿Qué es un grimorio?

—Es una suerte de cena mágica, ritual. Una gran festichola a *foul* que se mandan los esoteristas. Hay manjares delicados, vinos exquisitos, sexo, etc. A veces comen cosas asquerosas, pero las devoran con gran placer y piden más.

Grimorio clásico, que conozca, sólo el que otro croto me contó cuando yo era chico. Es una historia complicada y larga, en la cual el grimorio es sólo uno de los incidentes de ella; de modo que no sé si...

Y el señor Moyaresmio se encogió de hombros, dejando su espalda expuesta al libre juego de las tensiones de sus mugres.

El señor Crk:

—Adelante, Ilustre. Cuando usted empezó a hablar, me preparé para distraer un tiempo de mis tremendas y abrumadoras ocupaciones de animal mágico; ¿así nos llama el Monitor, verdad?

—Si usted es un bicho de éstos, hágame aparecer una danzarina turca.

—Pero cómo no —respondió en el acto el señor Crk, y arrojó al aire un gran puñado de arena al tiempo que decía—: *In nomine Grómine*.

Por supuesto, no pasó nada. Además, en un brusco cambio de viento, la arena cayó sobre el señor Moyaresmio haciéndolo lagrimear.

Un inculto cualquiera habría proferido un exabrupto. No el señor Moyaresmio, que era un aristócrata bonapartista. Se limitó a decir, al tiempo que se limpiaba los ojos con un pañuelo pardo:

—Tengo la impresión, señor Crk, de que su magia ha fallado. Una equivocación al exorcizar, tal vez. Lejos de materializar lo pedido, usted produjo una variación vectorial en el dulce zéfiro. Si mi juicio es erróneo, le ruego que no vacile en refutarme.

—Tiene usted toda la razón. En realidad, a esta profesión de animal mágico la ejerzo desde hace sólo cuarenta años. Soy inexperto aún.

El otro, muy amablemente:

—Comprendo. Es toda una incomodidad.

—La sobrellevo. Pero usted se disponía a decirme...

Entonces, el señor Moyaresmio Iseka, comenzó la narración de *Gran caída de la indecorosa vieja*. Un rato después, esta larguísima historia fue cortada abruptamente por el señor Crk Iseka, este dijo con un suspiro:

—Ilustre... por favor. Creo que ya está bien. Usted cuando se da manija no la para más.

Moyaresmio Iseka:

—Es una verdadera pena que me haya interrumpido. El sultán no cortó la cabeza de Sheherezada, después de todo.

—Es cierto. Pero la pasó para el otro día.

—Bueno, está bien —admitió el señor Moyaresmio—. De cualquier manera ya conté bastantes cosas del cadí. Lo suficiente como para que usted se haga una idea.

—O varias.

—No obstante es una lástima. Los perros sagrados aparecen por fin, y se comen —en el famoso grimono— a la despreciable, arrogante, roñosa y metida vieja. ¿Qué caviar podría compararse a la carne de sulfuroso chichi, palabra esta última que en mi léxico significa mala persona? Sólo una alegoría puede tragarse a otra.

Viendo que su amigo se mantenía incommovible y no decía nada, el señor Moyaresmio prosiguió luego de un tenebroso suspiro:

—Bueno, bueno, está bien. Usted se lo pierde. Se revelan secretos insospechados del grimorio, en ocasión del juicio, castigo y exequias del doble astral de la vieja reblandecida —al fin enganchada en la buena—, que... Pero en fin, dejemos eso. De cualquier manera —y le advierto, en esto me mantendré intransigente—, a lo máximo que me avengo es a esperar hasta mañana, luego del desayuno, para contarle la sorprendente y maravillosa historia N° 948, titulada *La momia del clavicordio*.

Tranquilizado al saber que le endilgarían el tiesto sólo después de un sueño reparador, el señor Crk Iseka resignóse.

Algunas masas de nubes flotaban sobre el mar. Pocas, pero densas y de color blanco; grises hacia su interior. En el lado opuesto, desde el centro de la tierra tecnócrata, amanecía. El Sol intentaba salir detrás de un lejano árbol cónico; rodeado éste de nubes, rosadas con franjas azules, tenía la apariencia de un postre.

Pasó una hora. El árbol ya era un helado encristalado en azul gélido y rayas espectrales de limón.

El señor Moyaresmio se despertó. Miró el cielo y el horizonte con aprecio. Encendió un fuego con varias leñitas que juntó y puso a calentar agua para tomar unos mates.

—Señor Crk... señor Crk...

—Mh.

—¿Un mate, quizá? ¿Una rosquilla con mucho azúcar, tal vez? —y paralelamente a la infusión ofrecida, extendía con la otra mano una bolsita inmunda, de papel, pero de contenido luminoso.

El señor Crk, tomando el mate y una rosquilla:

—Decirle que no sería una descortesía que usted no se merece, señor Moyaresmio.

El aludido volvió a mirar el cielo, por segunda vez en el día:

—¿Nunca se le ocurrió, señor Crk, que ciertos amaneceres parecen crepúsculos y algunos crepúsculos son idénticos a amaneceres?

Zumbón:



—Ilustre... no se ofenda, por favor, pero... esa frase no fue original ni siquiera cuando alguien la dijo por primera vez. Se parece muchísimo a aquello de: «Ya se hunde el Sol en el ocaso»; «Las nubes arremolinadas como una turbulencia de mortajas que tratasen de ¡byyychck!»; «Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se etcétera». Y otras.

—¿De manera que no le parezco original?

—Para nada, Ilustre. Ahora: si usted obviase las secuencias fatigosas y pasara a la narración que ayer me prometió...

Pero el señor Moyaresmio estaba en otra. Incluso se olvidó de continuar cebando mate, y dijo distraído:

—Ya va, ya va.

Encendió un cigarrillo egipcio, lo sostuvo descuidada y decadentemente en la mano izquierda, y con un palito dibujó un diminuto fusil sobre la arena. Luego levantó su vista de lince y observó un gorrión evolucionando en la selva de su árbol. Pensó que con el fusil que acababa de fabricar, ese hermoso ejemplar de *passer domesticus* podría ir a cazar cascarudos. Los coleópteros evolucionando como rinocerontes de otra dimensión, ante rifles para caza mayor. Balas rebotando en los élitros. Disparos de bazooka, pegando inofensivamente sobre los blindajes del tanque Stalin III, en Corea: «Otro ataque como el de la semana pasada y terminarán por echarnos a mar, mi sargento». «Tómeselo con calma, Benson. Ya vendrá Mac-Arthur a rescatarnos».

—¿Y?, ¿el cuento que iba a contarme? —inquirió el señor Crk Iseka, sacando al señor Moyaresmio de sus ensueños.

—Decididamente, mi querido amigo, carece usted de todo sentido de la oportunidad. Me encontraba sumergido en un delirio delicioso; quién sabe en qué magnífico sistema de las artes o arquitecturas mentales, pudo haber terminado.

—Lo siento.

—Oh, carece de toda importancia —el señor Moyaresmio dio vuelta su cuerpo, y quedó boca arriba; parecía un faraón de arcilla secada al sol. Imponente, soberano y majestuoso luciendo su guayabera portorrimericana de harpillera, y sus zoquetes cortos, hechos con seda importada de las Islas Vírgenes, sostenidos mediante cables telefónicos.

Comenzó a narrar, mientras miraba el cielo por tercera vez en el día<sup>[3]</sup>:

—Debo advertirle: lo que vaya referir es un cuento sólo en parte. Con la clarividencia que a usted lo caracteriza, no dudo que será capaz de vislumbrar la verdad a través del desplazamiento de las exageraciones.

Había una vez una raza en silla de ruedas mentales. Eran los epilépticos del humor: unos solemnes de mierda, en otras palabras, ya que carecían de toda flexibilidad para el mínimo cambio de unidades, que les permitiera adaptarse a lo

nuevo y gozarlo. Eran como grandes masas de excrementos<sup>[4]</sup> en flotación. Al morir caían a tierra haciendo *plop*. Porque le digo, la frigidez en cualquiera de sus aspectos: sexual o mental, es una enfermedad mágica; como la epilepsia.

Esta no era una raza continua —tal como son los judíos, armenios, baskos o gitanos—, sino discontinua; nacidos sus miembros como por mutación de entre todas las razas. Habían logrado formar una nación, no obstante, y en ella mandaban.

Las características eran de lo más interesantes. Había quienes, por ejemplo, quedaban podridos instantáneamente en medio de una conversación, o a través del giro de una frase. ¡Lo que puede lograr una palabra incorrectamente usada, o la energía discordante de una falla en la sintaxis! Los individuos de esta raza chichi, cuando les ocurría el suceso mencionado con anterioridad, seguían viviendo, durmiendo, comiendo y copulando, podridos por completo, con gusanos y mal olor. Hasta que se les iban cayendo los pedazos de carne: primero los músculos, luego las piezas anatómicas que constituyen los órganos internos. Algunos muy tenaces resistían hasta último momento y, aquí entonces sí, caían desmoronados; la pilita era arrastrada a un rincón cualquiera hasta que alguien se la llevaba.

Dejaban muy temprano en la vida de practicar el amor físico, ya que los órganos sexuales eran los primeros en sufrir el aniquilamiento. Cuando se declaraba la putrefacción —cosa que siempre los tomaba por sorpresa—, iban a encamarse con lo primero que viniese así tuviera sífilis o lepra, tratando de compensar en unas horas, lo que no habían hecho en toda la vida. Ya castrados se dedicaban al adoctrinamiento de la juventud —también bastante podrida por otra parte—, acerca de las bondades del ascetismo.

Crk:

—Me parece, Ilustre, que usted está hablando de los sorias<sup>[5]</sup>.

—Goza con interrumpirme.

—¿Cómo?

—Que goza con interrumpirme, digo.

—Pero está refiriéndose a ellos ¿cierto?

—Puede ser.

Levemente zumbón:

—Usted tiene una gran autoridad para hablar de cosas sorias. Tengo entendido que antes de llamarse Iseka, su apellido era Soria ¿no?

Algo molesto:

—Usted no pierde oportunidad de recordarme mi origen.

Crk aumentó el zumbido, pues era consciente de hasta dónde podía ir con el otro:

—Y, dicen que aunque el soria se vista de seda, soria queda.

Si el señor Moyaresmio estaba herido, no lo demostró:

—Repetiré lo dicho por un periodista de Camilo Aldao, cierto pueblo donde

estuve una vez: «Tengo una triste solvencia» para hablar de todo lo referido a Soria. Como que yo fui un soria.

Crk, haciendo vibrar el zumbido mediante el clave continuo:

—¿Y usted está seguro de que el Monitor lo puso en la lista de exceptuados, etc.? ¿Tiene el perdón metafísico a mano, por favor?, ¿o se le extravió?

Moyaresmio evitó contestar en forma directa. Procedió exactamente igual que si no lo hubiese oído:

—Da la casualidad de que si fuimos sorias alguna vez y dejamos de serlo, ya no volveremos. Sabemos muy bien por qué nos alejamos del chichi. Por el contrario, los de apellido Iseka son quienes corren grave peligro de soriatizarse.

Riendo:

—Bueno, bueno. No lo tome a mal.

—No lo tomo a mal. Le digo, eso es todo.

—Siga contando la historia, se lo ruego.

—Volviendo a las características de aquellas mierdas flotantes de las cuales hablaba: el objetivo primordial en la existencia de esas derivadas parciales del Anti-ser, era reventar a sus antípodas. Cada uno en este país, sabía que en algún sitio, allí o en otra parte, había un ser humano al que necesitaban —y podían— joder de alguna ingeniosa manera o forma. Cuando por fin esto era logrado, perdido ya el norte de sus existencias, caían en una apatía total que aceleraba el proceso de la destrucción orgánica. Era como si el Anti-ser en persona hubiese empezado a derivar de sí, según incontables ejes de coordenadas, a esos engendros.

Claro está, como eran muy pocos los enemigos verdaderos de estos bofes pestilenciales, a veces debían unirse miles de chichis antes de encontrar una sola antípoda común.

Pero, el señor Crk Iseka, quizá debido al calor o por otra causa, había dejado de escuchar. Deliró para sus adentros: «Un perro sagitariano me saltó a la garganta. Veloz como un rayo le pegué un golpe de aries con el canto de la mano, y cayó muerto en el acuario. Jodete. Jodete *per sécula*. Una araña de libra —su forma imitaba la balanza, con oscilaciones de platillos alrededor del eje—, con caireles de leo, solares y refulgentes, que había robado para ponérselos en las orejas, avanzaba hacia mí. Me dispuse a defenderme con la púa del escorpión, cuando mi compañero gritó: “¡Métale!, ¡métale un piscis eléctrico en el culo, señor Crk!”».

El señor Moyaresmio Iseka, percatándose en el acto de que ya no lo atendían, se puso furioso:

—¡Ya ha dejado de escuchar!, ¡seguro que está pensando en otra cosa! —se fue calmando poco a poco—. No sé verdaderamente para qué me pide que le cuente historias maravillosas —pausa—. Y ojo: que los cochináceos de mi narración empezaban siempre así sus putrefacciones: siendo distraídos y desatentos. Así que:

¡cuidado! —agregó con sorna.

El señor Crk Iseka, lila fluorescente de vergüenza, prometió enmendarse y pidió a su amigo que, aunque fuera por esa vez, lo perdonase. Pero luego intentó maniobrar, dentro de un inculco color fucsia:

—Lo único es que creo convendría que me contara de una vez la sorprendente e inigualada historia de la momia del clavicordio, pues con tantos vericuetos me pierdo.

Moyaresmio:

—No busque excusas. Por lo demás, si no le describo la idiosincrasia de ese pueblo, no entenderá lo que sucedió con la momia.

En ese país era notable cómo los chichis, sin querer; a veces realizaban actos de justicia pese a lo absurdo del sistema. Era como si el Ser intentara capitalizar a su favor la desgracia. Ellos se movían mediante comodines y frases hechas, así éstas se transformaban al fin en alegorías devoradoras que destripaban a sus mismos inventores.

El inconveniente de las alegorías es que tienden a integrarse entre miembros de una misma especie. Si la sumatoria tiene suficientes sumandos, se transforma en el Arma Final que destruye toda civilización. La única forma de terminar con tal estado de cosas sería oponer, a este tumor de baba diabólica, otra alegoría más fuerte y de signo contrario. Pero ello no es posible en un planeta donde reina el Anti-ser, quien mata en su cuna a toda alegoría que se le oponga.

El señor Moyaresmio hizo una pausa para comerse medio salamín. Disponíase a contar otras anécdotas referidas al pueblo de los bofes putrefactibles, cuando observó que su amigo empezaba a fijarse en la posición del Sol para consultar la hora, como quien levanta su muñeca para mirar un reloj pulsera gigantesco. Se apresuró entonces a decir:

—Pero, ya es hora de que cuente la maravillosa e increíble historia N° 948, titulada *La momia del clavicordio*.

Crk:

—¡Por fin!

## La momia del clavicordio

Roberto Prescott y Pedro Peadar de los Galíndez Faisán, eran egiptólogos y pertenecían a la raza discontinua de los bofes putrefactibles. Se encontraban haciendo excavaciones en el Valle de los Reyes de la Música, y también en Gizeh. Su objetivo era encontrar la tumba de Tutanchaikowsky. Sabían que ella, al igual que casi todos los grandes y pequeños monumentos funerarios, había sido desvalijada por los saqueadores de tumbas; muchas de éstas una escasa hora después de haberles puesto sus sellos los sacerdotes.

La leyenda hablaba de que si bien la tumba de Tutanchaikowsky había sido violada, volcados los objetos sagrados, robadas sus copas de oro y plata —y lo que era más sacrílego e inútil: quemada la momia por orden de los Reyes Pastores—, igual ella contenía un tesoro arqueológico de incalculable valor, que las sucesivas generaciones de ladrones no habían tocado por considerar despreciable: el clavicordio de Wolfgang Amadeus Mozart.

Como ya dije, prácticamente no había tumba que no hubiese sido visitada por esa gente excelente: la de Mendelssohn, Richard Strauss, Schumann. A este último compositor le habían sido cortadas las manos con una pistola de ultrasonido que lanzaba un la obsesivo, pues los hechiceros se las habían comprado a los saqueadores para preparar con ellas filtros mágicos.

Ni siquiera Ricardo Wagner pudo escapar a la depredación, pese a que se hizo construir una Gran Pirámide de dos kilómetros de altura, haciendo trabajar a latigazos a sus nibelungos y a los gigantes Fáfner y Fásolt durante veintisiete años: casi todo el largo reinado de este autócrata. Los esforzados ladrones, con una industria digna de mejor causa, se las habían ingeniado para practicar un túnel en la piedra hasta la Cámara del Rey. Pusieron sus manos sobre la Barca Solar Fantasma que el faraón Wagner utilizaba para viajar al País del Poniente; arrastraron y golpearon su momia por las galerías y también a la de Cósima, sacándolas al desierto. Allí, bajo la luz de la Luna y sobre la misma Barca Fantasma, quemaron aquellos combustibles sólidos.

Nietzsche, muy a su pesar, había sido emparedado junto con Wagner, como castigo por haber escrito *Ecce Homo*. Le dieron la misión de custodiar al compositor y defenderlo a través del largo camino. Para salvarse de la pena había iniciado una maniobra parlamentaria de obstrucción, pero fue inútil. Antes de que pusieran la última hilera de ladrillos, tapiando por completo el nicho donde se encontraba envuelto en vendas como Christopher Lee, los sacerdotes le entregaron *Así hablaba Zarathustra*.

La momia de Nietzsche protegió durante largo tiempo la tumba. Primero liquidó a una banda de mil ochocientos setenta saqueadores; cuarenta y cuatro años más tarde hizo cagar a otros catorce; pero, cuando veinticinco años después entraron en la

tumba otros treinta y nueve, lo superaron y reventó apretado como sapo en la leñera. Se habían agotado sus potenciales, y además el horóscopo no era favorable a la momia aquel día. Buen susto se llevaron, no obstante, los que debieron enfrentarla.

Los ladrones de tumbas robaron absolutamente todo —una vez triunfantes—, y quemaron el resto. Sólo quedó el monumento y el gran sarcófago de piedra en la Cámara del Rey.

En lo de Tutanchaikowsky el suceso fue algo diferente, como ya adelanté, puesto que los violadores al menos dejaron el clavicordio.

Roberto Prescott y Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, dieron orden a los obreros para que despejasen por completo de arena la entrada. Galíndez Faisán en persona rompió los sellos de los sacerdotes; estaban intactos puesto que los saqueadores habían entrado por otro lado.

Ya en el interior pudieron observar los estragos del pillaje: las mesas rotas, partidas las estatuas, el sarcófago de piedra rajado a martillazos y la parte del techo situada arriba suyo, ennegrecida por el humo que despidió la momia al quemarse.

Al fondo de un oscuro corredor, parcialmente obstruido por escombros de esfinges, se encontraba el clavicordio cuajado de jeroglíficos.

Los dos organizadores de la expedición, comenzaron a leer:

*A quien toque en este clavicordio sin respeto  
ni merecimiento, le caerá encima la maldición  
de Tutanchaikowsky.*

Roberto Prescott y Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, se rieron muchísimo. No creían en maldiciones, en primer lugar; y aparte: si la maldición era tan poderosa ¿por qué no protegió a la tumba de los anteriores saqueadores? Además pensaban hacerse ricos y famosos con este clavicordio. ¡Como que había pertenecido a Mozart, nada menos!

Resultaba curioso que los depredadores hubieran respetado aquel objeto. Lógico habría sido que lo destrozaran junto a todo lo demás; para hacer daño, en todo caso. La suerte de los expedicionarios era increíble.

Galíndez Faisán puso en marcha su grabador, y comenzó a tocar en el antiquísimo instrumento musical. La gente le pagaría oro, con tal de tener placas discográficas con la reproducción de los sonidos del clavicordio legendario. En él ejecutaría composiciones del propio Mozart, previos arreglos orquestales, bajo el lema: «Mozart, pero no para exquisitos». Ya se lo imaginaba: «Al alcance del pueblo, mediante arreglos populares; y además... ¡con el genuino clavicordio, hallado luego de permanecer en un sepulcro miles de años protegido por el desierto!».

Pero lo que nadie sabía: ni antes los saqueadores de tumbas ni después los

expedicionarios, era que dentro del clavicordio estaba la momia de Mozart, guardada como un arma secreta. Los sacerdotes le habían dado la orden mágica de no intervenir pasara lo que pasase, salvo que alguien tocara el instrumento; porque entonces, ése sí, la pagaría por todos. Así pues la momia, llena de furia e impotencia había asistido a las profanaciones sucesivas, e incluso a la quema de Tutanchaikowsky, sin reaccionar. Aguardaba el momento en que estuviese autorizada a echarle mano a uno de esos tipos, y torturarlo día y noche sin cesar un solo instante; ya que por esta misión, había postergado su propio viaje al País del Poniente. Con los agarrotados brazos cruzados sobre el pecho, oraba: «¡Oh, Osiris! ¡Señor del Amenti! ¡Permite que llegue pronto la hora de la venganza!».

Los dos chichis, hechos unos señorones, salieron de la tumba dando orden de poner el clavicordio en seguridad, y cuidando todo el tiempo que los porteadores no rasparen los ideogramas inscriptos sobre la caoba. Pero —y este fue sólo el primero de una larga serie de sucesos inexplicables—, Roberto Prescott, quien se había quedado un poco más atrás, desapareció tragado por un deslizamiento de toneladas de arena que tapó la entrada. No había explicación, ya que la excavación se había realizado con apuntalamiento suficiente.

A partir del desgraciado deslizamiento de arena y rocas citado, comenzó una extraña sucesión de catástrofes. Los miembros de la expedición murieron uno tras otro: enfermedades misteriosas; suicidios; tipos quienes decían que de noche los perseguían las momias; otros, a los cuales las paredes se les llenaban de sangre y debían pasarse la noche entera limpiándolas, etc.

Uno de los ayudantes: Azafrano Capitular Mileto, sumamente preocupado, fue a cierto lugar para que le hiciesen una carta astral. Según el astrólogo, las estrellas revelaban que moriría a causa de un perro. Azafrano pensó que tal cosa bien podía ser: vivía en un barrio lleno de esos animales, todos malísimos. Para protegerse, hasta el momento de la mudanza, fabricó un vaporizador cargado con aceite mineral y pimienta. Con él se consideraba seguro.

Cierta noche —pensaba mudarse dentro de pocas horas y por lo tanto extremaba precauciones— iba hacia su casa con el spray fuera de la cartuchera, como Flash Gordon, puesto que la siguiente puerta sería la de un edificio que tenía dos perros peores que Cerbero, los cuales en anteriores oportunidades le habían arrancado trozos de indumentaria. Caminaba, listo para la acción y soplando un silbato imaginario para que sus tropas invisibles avanzasen (Kirk Douglas. *La patrulla infernal*).

Sin embargo, los desaprensivos canes no daban señales de vida. Se los habría llevado la perrera o estarían durmiendo.

Azafrano Capitular Mileto suspiró aliviado. Precisamente en el momento en que dijo: «¡Ah!, ¡gracias a Dios!», se desprendió una monstruosa gárgola de un edificio y le partió la cabeza. Casi no necesito decir que dicha gárgola tenía forma de perro.

Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, por su parte, hacía rato que había dejado de reírse. Transcurridos sólo dos meses desde la apertura de la tumba de Tutanchaikowsky, era el único que permanecía con vida. Donó el clavicordio a un museo para ver si se libraba de la maldición, pero no había caso: en su mansión, de noche, se oían gemidos y ruidos raros, tal como el rechinar de unos dientes gigantes, o alguien que arrastrara por los pasillos un enorme tenedor. No sabía por qué pensaba que se trataba de esto último y no de otro objeto cualquiera.

La venta de las placas discográficas lo había hecho rico y famoso, pero no las tenía todas consigo. Contrató diez guardaespaldas, encargados de cuidado día y noche; hacía revisar los frenos y la dirección del coche antes de salir, etc.

Cierta madrugada tuvo un brusco despertar. Alucinaba que sus guardias estaban dormidos. Se levantó para investigar y comprobó que así era. Resultaba tan profunda la conmoción estupefaciente de aquel sueño mágico, que no pudo alterada ni pegándoles patadas.

Cagado de miedo intentó correr a su habitación y encerrarse con llave, pero, con esas manijas propias del terror, tropezaba continuamente con sus propios pies; así que tardó muchísimo en llegar y cerrar la puerta.

No había alcanzado a suspirar, cuando escuchó un susurro a su espalda. Se dio vuelta sofocado y, desde atrás de un cortinado rojo, apareció Mozart envuelto en vendas, con toda la potestad de su trenza: de la nuca, por entre las telas de lino, salía la famosa con un gran moño negro. Empuñaba un tenedor enorme en su mano derecha; la punta algo inclinada hacia el piso, en reposo, como un dios que descansa.

—¡La momia! —chilló Pedro Pecarí.

Mozart dijo lentamente:

—Hacía mucho tiempo que te quería agarrar, hijo de puta.

Luego de la frase anterior comenzó a desplazarse muy despacio, elevando con calma los dientes del tenedor. La momia parecía altísima, de tres metros, y sin embargo no sobrepasaba la altura que tuvo en vida.

Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán lanzó un gemido, estorbado por frenos y desgastes que no se alcanzaba a explicar. Era como si el aire se hubiese transformado en un fluido viscoso lleno de vidrios molidos, que imponían un roce y pesados vínculos. Lastimaba caminar. Incomodísimo, con dilación y tardanza, arribó por fin a la escalera que permitía el acceso a planta baja. Descendió por aquélla sin utilizar los escalones: flotando con suavidad sobre una delgada capa de aire pegajoso. Se movía, pero siendo cada minuto un lapso más dilatado que el anterior. Ya cerca del fin de la escalera se volvió algo para ver los progresos de su perseguidor. Esa pesadilla de momia se disponía, justo en ese momento, a ir tras él. Y ello bajó como debe hacerla la Pálida con sus grandes pies desnudos, y el largo sudario blanco pesado como el telón de un teatro de óperas; a veces parecía sonreír. Encendía y apagaba por turno el



espejismo de una sonrisa, mediante el claroscuro alternado sobre las vendas. Vio a la momia en flotación, delgadísima y trotando sobre el viento, con el tenedor pelado. Volaba en silencio, semejante a las aves rack cuando planean moviendo grandes masas de aire; o empujando pesadamente las aguas, como una enorme manta detrás del hombre rana.

Pedro Pecarí Galíndez llegó al fin de la escalera y como polvo flotó sobre el pavimento del hall, y reinició su torpe marcha lunar. Las mismas invisibles emanaciones que lo sostenían a esa altura oscilante entre cinco y diez centímetros, eran las que lo pegoteaban estorbando su marcha.

Caminó sin rumbo, en figuras geométricas. Si él trazaba una elipse, la momia — siempre detrás suyo— dibujaba un brazo de parábola. Si él construía una senoide, ella la limitaba entre las dos partes de una hipérbola. Una carcoide, tenía como inmediata respuesta una circunferencia perfecta y mortífera. Era como el final de Don Giovanni, sólo que a la inversa; en vez de venir el convidado de piedra en busca del amante, aquí la alegoría estaba invertida: la estatua de Don Juan se acercaba para matar al malvado y prejuicioso Comendador, justo cuando éste pensaba ingerir varias apetitosas viandas.

A veces, en sus marchas y contradanzas, Pecarí Galíndez Faisán bajaba hasta tocar el suelo; pero entonces era peor: parecía que llevara zapatos de metal, y por el pavimento pasase un poderoso campo electromagnético. De ninguna manera lograba entonces elevar su calzado. Sólo podía desplazarse arrastrando con pena sus pies.

Quería encontrar la puerta de calle, pero ésta se hallaba bloqueada por un muro blanco que lo hacía rebotar ante cada intento de aproximación.

Retrocedió trémulo y convulso, siempre confusamente vinculado al suelo. Sus piernas de títere grotesco no cesaban de importunado con su torpeza, al tiempo que el enemigo redoblaba su acoso de obsesión monstruosa y material.

Salió del hall, pasando así a otras regiones de la casa. Mediante lentos desplazamientos callejeó por los pasillos, transformados en formidables avenidas. Todas sus vueltas laberínticas y espirales, sólo sirvieron para traerlo otra vez al hall de entrada, al pie de la escalinata. Volvió a subirla, siempre perseguido por aquel Minotauro.

El corto trayecto de tres metros entre su habitación y el fin la escalera, se asemejó a una estremecedora autopista llena de coches. Reptó por ella, húmedo como un sapo, semi paralizado y jadeante. Al disponerse a cerrar la puerta, confirmó una vez más lo que ya sabía de sobra: era inútil buscar refugio allí, porque adentro lo esperaba el deslumbrador espejo de la muerte. El árbol del fin perdió sus cristales que descendieron con lentitud haciéndose trizas luminosas. Aquéllos, sus últimos días, bajaron hasta los bordes enjorjados y fastuosos límites, del sarcófago de la discontinuidad eterna. La principesca pobreza militar de la Muerte elevó marciales

oriflamas, austeros estandartes de guerra, y negros, belicosos pendones. Las aguas de la consumación subieron. El batracio huyó seguido por blanco aletear de severa grulla. Andrógino chapoteó de un charco a otro, ya muy próximos cuatro colmillos de refulgente tigre. Mullido gordo tierno y flácido, trotando sobre una delgada película de polvo astral; extendida sobre él fulgurante nívea pesada mano. Reverberaron delante suyo irisados mortuorios reflejos como de trampa que cierra. Creía pisar líquenes esteparios o los orientes de heladas joyas.

Una vez más bajó flotando la escalera, en trayectoria rectilínea. Comprendió que abajo lo esperaba la momia, pese a que segundos antes estaba a su espalda. Faisán descendió sobre las puntas del tenedor tetradentado, semejante a un proyectil cuyo curso alguien olvidó desviar. Con un vio lentísimo esfuerzo, modificó algo el rumbo. Tocó el suelo con los pies, luego que uno de los pinchos pasara a pocos milímetros de su tórax.

Así prosiguieron largo rato, de un lugar a otro y en ida y vuelta, sin que Faisán pudiera desprenderse de su perseguidor, ni la momia alcanzarlo.

Entendió cuán absoluto es el hecho de morir en serio. No obstante era tan maldito que con una parte de su alma se alegraba. Él era el hombre que algún tiempo atrás había dicho «La vida es dura. Menos mal que uno tiene sus masoquismos para distraerse».

Distraete ahora, Soria.

Lo que quieren los masoquistas no es morir sino que los castren y después los dejen tirados en un zanjón. Y vivir muchísimo, siempre quejándose. O que les corten las manos, o los dejen ciegos. O que los maten, en todo caso, pero que la muerte tarde en llegar. Es por eso que a la gente no hay que castrarla, hay que clavarle una horquilla.

—«Las muertes rápidas son las peores» —dijo Mozart, ya tocándolo.

Tratando de salvarse, en su desesperación, Faisán se fragmentó en ocho faisanes para ver si por lo menos uno podía escapar. Todos ellos aletearon inarmónicos y agarrotados, acosados por ocho momias. Se dividió entonces en veinte, treinta y cinco, ene pedros Pecarí de los Galíndez Faisán, y eran ene las torvas momias que los perseguían.

Y llegados que todos los faisanes fueron a la pared definitiva y última, la totalidad se fundió hasta quedar el único verdadero chichi, transformado en agitado y boqueante pollo. Y desde remotas distancias siderales, desde años luz fueron convergiendo sobre este solo punto, las ene alejadas momias, cada una empuñando un tenedor, y en las cercanías de su pecho se fueron uniendo unas con otras, y también lo hicieron las etéreas coordenadas sumables de las armas, hasta constituir un objeto sólido y letal. La materialización tuvo lugar a cuatro centímetros del pecho de Galíndez Faisán. Y el tenedor se acercó lentamente, y las puntas comenzaron a

penetrarlo, al principio sin dolor, como si fueran humores helados.

Los dientes del tenedor se le clavaron como cuatro palabras mágicas, o cuatro óperas.

Terror y dolor. Terror y dolor para Faisán. Y lo traspasó como a un dorado pollo, dejándolo clavado contra la puerta de calle, ahora de madera, sin muro blanco, y que en su momento no pudo abrir.

Así lo encontraron al otro día. Con aquella inmensa pieza de plata, sosteniéndolo contra la puerta.

## Viaje en tornado

El profesor lo B. J. Iseka tenía una teoría. Suponía factible construir una máquina para viajar en el interior de un tornado. Como se sabe, ésta resulta una de las más terroríficas manifestaciones naturales que pueden tener lugar sobre la Tierra. Es como un enorme trompo gris cuyas masas de aire rotan alrededor de una línea invisible central, a velocidades altísimas. Posee una apariencia increíblemente sólida, y se asemeja a un cono ondulante, fino y alargado, cuyo vértice se encuentra en el suelo sobre el cual pasa, en tanto que la parte superior llega a veces a una altura de más de un kilómetro. Este huso adelgazado y colosal se mueve destruyendo todo a su paso, entre silbidos como de serpiente gigante y un retumbar análogo a la artillería naval oída á corta distancia. Da la impresión sobrecogedora de un objeto vivo.

El profesor lo B. J. Iseka había fabricado un aparato que constaba de dos esferas de distinto tamaño, metida la menor en el interior de la otra, y relacionadas ambas mediante un eje vertical. Se sabe que los tornados giran siempre en la misma dirección: al revés de las agujas del reloj en el hemisferio norte, e inversamente en el hemisferio sur. Aprovechando esta circunstancia, la parte externa del artefacto estaba equipada con aletas, tales que al ser captadas por el torbellino, las grandes masas en rotación elevaran el vehículo como si se tratase de un helicóptero. Para impedir que el piloto fuese destrozado por las fuerzas centrífugas, éste, iría sentado en el interior de la esfera interna, más pequeña. En tal forma sólo la parte exterior giraría, en tanto que la central permanecería inmóvil. Bien sabía el profesor, no obstante, que los frotamientos alrededor del eje terminarían por derrotar las inercias, y llegado ese punto, la cápsula con el tripulante también empezaría a moverse alcanzando la velocidad aniquiladora de afuera. Esto estaba previsto por dos pequeños cohetes acoplados al ecuador de la burbuja tripulada, encargada de mantenerla fija mediante descargas oportunas y automáticas.

El vehículo hallábase montado sobre rueditas verdes, que el profesor Iseka llamaba «de pirimoño». Y si alguien intrigado preguntaba por qué denominaba en esa forma a tal material, se enojaba muchísimo. A lo sumo, al pasar, podía largar algo como esto: «El color proviene del metal que enriquece las novedosas aleaciones con que están hechas las ruedillas. Un invento mío. El bronce al oxidarse, cualquier imbécil lo sabe, da un color verde hindú, propio de las banderas de la fe, notorio. Es a raíz de todo ello, mi querido Fortunato, que las llamo “de pirimoño”. Y espero que entienda sin más preguntas o me verá obligado a emparedarlo detrás de esos lingotes de hierro, que están apilados junto a un amontillado hecho con aceite de máquina destilado a reflujo. Por el amor de Dios, Montessor».

Las ruedas del artefacto servirían para desplazado hasta el centro del tornado. Arrebatado el ingenio por los aires, recorrería la distancia promedio de 40 kilómetros

que suelen avanzar los torbellinos en sus depredaciones. Como siguen direcciones que, según el hemisferio, son siempre las mismas, se acecharía con la máquina el punto más probable de aparición del fenómeno, listo para avalanzarse al interior. Sobre los últimos 20 kilómetros de probable línea de paso, se transformaría el terreno en un verdadero polígono de aterrizaje del vehículo tornadorial, con base de cemento y gruesas planchas de acero marca Prichett, atornilladas para que el tornado no las arrancase. Un dispositivo haría que, al acabarse la fuerza del monstruo, permitiese el suave descenso. El piloto iría vestido con traje de presión, tal como los utilizados por los tripulantes de aviones estratosféricos; en esta forma podría resistir el enorme vacío que se forma en estos trompos alucinantes.

La confusa idea general del profesor Iseka era algo como esto: antes que nada probar mediante un experimento que podía construir una máquina para viajar dentro de un tornado y sobrevivir a la experiencia; además, estudiando el torbellino desde su interior, comprender mejor sus propiedades, medir el momento angular en forma precisa, a cuánto desciende la presión cerca del eje, etc. Soñaba también —claro que esto último no lo decía más que a sus íntimos—, con diseñar más tarde casas antitornado las cuales, luego de elevarse a gran altura, descendiesen sin daño; autos de la misma guisa; etc. Planeaba por fin, gracias a su invento, aprovechar algún día la enorme energía dinámica de las masas de aire en rotación, cargando los acumuladores de gigantescas usinas que darían electricidad gratis a todo el país, durante dos años. Además: ¿sería posible producir artificialmente tornados que elevasen por los aires a vehículos análogos al suyo, y viajar desde las afueras de una ciudad hasta los suburbios de otra, despegando y descendiendo en cómodos tornadotódromos?

Éstos eran los planes del profesor Iseka.

Aguardaron, él y su ayudante, en una región donde era casi seguro que habría un tornado en las próximas horas. El calor, cada vez más agobiante. Parecía faltar el aire. La presión cambiaba con rapidez. El cielo se había puesto negro en forma casi fulmínea. De pronto, masas de nubes inquietas y de diversos colores comenzaron a descender y subir. El aire, apaqueado, adoptó poco a poco el movimiento giratorio. Comenzó a escucharse un berrido como el de un elefante gigantesco. En medio de los fragmentos aéreos desgajados en semitorbellino, apareció el monstruo: análogo a una cosa sólida, rinocerontiásica y gris, rugiendo en forma espantosa. Cuando el profesor Iseka, que no había visto un tornado en su vida y ni siquiera oído hablar, vio una cosa tan horrible, estuvo a punto de sufrir un desmayo. Luego que lívido se recuperó lo bastante, juntó valor y huyó despavorido.

Ante tal muestra de cobardía, su ayudante, el señor Laponio Iseka, francamente asqueado, decidió que alguien debía levantar la espada mancillada. Se metió en la nave y puso en marcha el motor. Con ayuda de las ruedas verdes enriquecidas con bronce, enfiló hacia el corazón del trompo. El bramido era tan fuerte que si el

mismísimo Empire State se hubiese derrumbado cuan largo es a dos cuabras de distancia, no lo habría oído. Fue diez veces más fuerte que un rayo cayendo cerca, con el agravante de que el ruido de una descarga eléctrica dura pocos segundos, pero éste parecía una sucesión de infinitos truenos ensamblados unos con otros hasta dar un sonido continuo.

La nave pesaba varias toneladas. No obstante subió arrebatada por los aires como una pajueta, aunque no en el acto.

Al principio todo fue lo más bien. El aparato quedó envuelto en la enorme energía dinámica del torbellino. Las luces automáticas se encendieron para compensar las espesas sombras. Supongamos que con un batiscafo hubiésemos descendido al fondo de la más profunda de las hoyas de Las Marianas, en el Pacífico, y establezcamos que ningún pez luminoso pudiera aclarar el agua, que nos rodea con su gigantesca presión haciendo crujir nuestra burbuja. Imaginemos en fin, que además justo nos ha pescado elepicentro de un maremoto, siete en la escala, y tendremos idea de lo que el ayudante sintió en el momento de tomar contacto con su adversario.

La mente del señor Laponio se desdobló: la parte común de ella estaba demasiado anonadada como para tomar conciencia de cosa alguna: sólo tenía una sensación de absoluto desvalimiento y vasallaje, pero, curiosamente, otro sector de la misma que nunca hasta ahora había funcionado por tenerlo aletargado, comenzó a actuar. Veía y comprendía todo, en cámara lenta y con total lucidez: tal si estuviese drogado con peyotl y hubiera entrado en otro plano del tiempo. Así, escuchó cómo el rugido de afuera se rompía en distintos planos de sonido y, comprendió alborozado, que el tornado poseía un código y hablaba. Deseó tener ocho vidas de setenta años cada una en tiempo relativo, para desglosar todas las palabras y acomodarlas luego en el orden de la sintaxis que usaba este dios.

Vio con su nueva vista, cientos de tejas arrebatadas de un techo por el tornado, girar con lentitud y, junto a vigas retorcidas, fragmentos de casas y árboles, componer en el espacio enormes títeres discontinuos que aparentaban esbozar en el aire gestos mágicos de sacerdotes en misa; equivalían a diminutos muñecos de arena, vueltos enormes mediante alguna lente de aumento. Descubrió también que el tornado, aparte de constituir un ser vivo, estaba repleto de otras existencias ajenas: en cierto momento pasó por un estanque lleno de peces color sangre, y llevó se toda el agua y su contenido. Los animales ahora giraban junto al cuerpo del titán. No habían tenido tiempo de morir y circulaban por su nuevo elemento siguiendo las trayectorias de las líneas de fuerza, como glóbulos rojos marchando en torrente por las venas.

Las paletas de la esfera externa, comenzaron a doblarse muy despacio. Pero resistieron. Poco a poco la carcaza, ya vencidas las inercias, inició un giro en el mismo sentido del movimiento del tornado. La parte interna permaneció inmóvil; en tanto se inició una súper fricción en el eje, el que fue elevando prodigiosamente su

temperatura. Apolonio Laponio comprendía todo, hasta eso. Desestimando su conocimiento, se dijo con exaltación: «¡Funciona!, ¡hemos triunfado!, ¡ahora verán los que dicen que el invento del profesor Iseka es un disparate!». El aludido profesor apareció delante suyo muy compungido y le pidió disculpas por su cobardía.

Bruscamente la imagen fue reemplazada por la hija del científico, a quien el ayudante siempre había mirado con deseo. Ahora, ella lo deseaba a él. Un nuevo reemplazo de imagen y se vio a sí mismo en la apoteosis de un recibimiento de héroe en la capital: legionarios y pretorianos marchaban a paso solar, al son de pífanos e instrumentos de percusión, equipados con balloneta calada y casco de acero; en tanto, las águilas de bronce de los estandartes exaltaban su Triunfo. Él, en su carro saludando. Atrás, quien sostenía sobre su cabeza la corona de laureles, iba diciéndole cada cuarenta segundos: «Recuerda que eres mortal». Desde los balcones, los empleados bancarios arrojaban confetti...

De pronto la burbuja interna se trabó y quedó rígidamente amarrada a la esfera externa, adquiriendo en el acto su misma velocidad.

La última sensación del ayudante Laponio en este mundo, fue que la mano de un titán mayor que todos los del *Amadís de Gau/a* juntos, lo apretaba con la palma sobre su costado derecho, y en el acto los dedos curvados de la garra se cerraban aplastándolo hacia abajo. Como si una fuerza hubiera tendido a arrancado del asiento, y otra intentado incrustado en él. Sus ojos saltaron.

El tornado, con la máquina adentro, serpenteó aproximadamente por el camino que los científicos habían supuesto. Su recorrido no fue, sin embargo, de treinta, cuarenta y ni siquiera sesenta kilómetros, sino de trescientos cincuenta y dos. Atravesó como un torpedo la pista de aterrizaje —el tornadotódromo que habían construido—, arrancando y retorciendo las planchas de acero como quien arruga cartón, y arrojándolas igual que aerolitos, a derecha e izquierda de su paso. Hasta el cemento fue destripado en enormes bloques. Es de hacer notar que cada plancha de acero, por ejemplo, pesaba varias toneladas. Algunos guijarros de cemento hundieron techos de casas colocadas a quinientos metros del tornadotódromo, y llegaron hasta los sótanos.

La nave, pese a todo, aterrizó con toda felicidad y sin mayores daños en un terreno análogo a una tundra siberiana. Los científicos pudieron hallarla sólo siete horas después de su descenso, y cuando la tocaron el metal aún ardía. Con despecho técnico y horror humano —cosa muy natural: a mí también me pasaría—, notaron que el ayudante Apolonio Laponio había abandonado el mundo de los vivos.

*Pericia policial.* La esfera menor, destinada a sostenerse inmóvil alrededor del eje central, había quedado trabada y los mecanismos de compensación de las fuerzas de giro no funcionaron. La consecuencia fue que la parte interna rotó junto con la

externa, con velocidades angulares adquiridas casi instantáneamente y del orden de los mil kilómetros por hora.

El Déspota Ilustrado o Divino Monitor, al enterarse dijo: «Yo sé qué pasa. Digan lo que digan los comentaristas. Hay mucha envidia y celos por aquí. Se olfatea en el aire el odio por la lealtad y coraje demostrados por este pionero de la navegación en torbellino. Al ayudante Apolonio Laponio, mi homenaje. Por otra parte, es mi deber dejar consignado que si bien el profesor Iseka se portó como un cagón, creo en su obra y por tanto recomiendo la continuación de los estudios tornadoriales. No faltarán kamikazes que accedan a probar nuestros chichis. Sepan que a todos ellos el bronce les está esperando. O el hierro. O el uranio. Monumento al Ayudante Desconocido, frente al Panteón de los Inválidos. La antorcha que jamás se apaga nos está iluminando el camino. Sobre el claroscuro de las probetas y los erlenmeyers, envuelto en destellos, se alza como una figura megalítica y gigantesca, el sacerdote de sotana blanca sosteniendo un tubo de ensayo. No vamos a rendirnos. No seremos derrotados. Lo haremos.

Yo, el Déspota».

*Anecdótico.* El tornado que causó la desaparición física del ayudante Laponio Iseka, por lo demás, de un solo sorbido se llevó una cochiguera estatal importantísima, y durante una hora y media diversas regiones soportaron lluvias de cerditos. En otras, granizaron gallinas muertas.

*El interior de la nave.* Las paredes quedaron empapeladas con sangre. Dos días más tarde, los estudiosos aún encontraban en los rincones fragmentos de riñón. El análisis esquelético reveló que los huesos más grandes eran semejantes a cerillas. Con una sola excepción: cierto fragmento que abarcaba media nariz, un pedazo de frontal pero nada de temporal y las órbitas vacías de los ojos. Éstos habían saltado. Por increíble que parezca, la piel estaba aún adherida y conservaba las cejas y la parte céntrica del bigote. Debajo empezaban las tierras ignotas y los abismos siderales de antiquísimas geografías, puesto que los dientes habían desaparecido al mismo tiempo que los relieves óseos. Más allá la energía negra donde ya no podría besar a la amada. Galaxias enteras perdiéndose en la antimateria. Un sol entrando en nova para siempre. Como los extremos derecho e izquierdo del bigote se esfumaron, lo que aún quedaba de rostro poseía un aspecto notable «a la Hitler». El ayudante Laponio quedó nazificado a la fuerza, como se ve. También Hitler, si a eso vamos.

Los filamentos del esforzado colaborador del profesor Iseka, quedaron todos incrustados sobre la superficie cóncava del interior de la nave. Más precisamente: se



depositaron formando casas y tortitas encima de una faja alrededor del ecuador de la máquina, debido a la fenomenal fuerza centrífuga. Tuvieron que arrancarlo con espátula. Lo único que permaneció limpiito limpiito, fue el eje del vehículo.

*Otra anécdota.* Un campesino que circulaba en estado de embriaguez, cayó instantáneamente muerto y a las boqueadas; estas últimas debidas más a los reflejos que a otra cosa puesto que al caer ya estaba muerto hacía rato. La autopsia reveló que una hoja de hierba, acelerada hasta lo increíble por el tornado, le había penetrado por las costillas, rectamente, instalándosele en el corazón.

Las pesquisas realizadas luego por los sabuesos de Baskerville, revelaron que el zafio y rudo labrador se había apoderado pocos minutos antes de un libro que estaba leyendo una señorita en un andén. Ya en medio del campo, lo sacó y comenzó a leerlo sin atender a las nubes cada vez más negras: «Miradme: yo soy Walt Whitman, el hijo de Manhattan. Un cosmos»<sup>[6]</sup>.

Despreciativo lo cerró tirándolo a un surco, al tiempo que exclamaba: «Qué porquería. Esto no sirve ni para limpiarse el culo». El tornado, enojadísimo al oírlo, le largó un manijazo que lo mató pa' siempre. Es de hacer notar que si hubiese conservado el libro entre sus ropas, o en su mano, la hoja de hierba habría chocado con aquél, sirviéndole de protección.

*Comentario de tesis* (por el profesor Simón Lirón Iseka). «Otra de las cosas que no fueron debidamente consideradas al fabricar el aparato —entiéndase bien: el vehículo me parece lleno de brillantes posibilidades y por completo factible: “La antorcha que jamás se apaga nos está iluminando el camino”, declaró la Sublime Puerta por boca de nuestro Magister Ludi; así pues, muy lejos estoy yo de oponerme al proyecto— es que en el centro de todo tornado existe un poderoso movimiento de succión de más de 300 km./h. El diseñador contó ciertamente con una fuerza ascensorial; prueba de ello son los resortitos verdes colocados bajo el asiento; fueron insuficientes sin embargo ante una tan violenta e instantánea aceleración. Seguramente el ayudante murió en el acto, aplastado contra el piso, y sin tiempo de pensar o imaginar la menor cosa. Si al analizar el suelo de la nave se lo encontró desierto de sangre y libre de restos, ello debióse a la fuerza centrífuga posterior, que barrió hasta la última partícula, incrustándolas en el ecuador de la esfera interna».

*Otra anécdota.* Una campesina de 25 años, fornida y tetona, fue alzada por el tornado el cual le habría arrebatado las ropas dejándola desnuda pero sana y salva, luego de haber hecho por los aires un viaje de tres kilómetros desde su granja donde

estaba ordeñando, según afirmó, a su vaquita. Se la encontró estrechamente abrazada a un robusto mocetón de 28 años, desvanecido y también despojado de sus ropas. Ella nos cuenta su experiencia: «Me encontraba ordeñando a Felipita, cuando el tornado me subió por los aires. Sentí que me ahogaba, en tanto que mis ropas me iban siendo arrancadas. Manoteando con desesperación encontré un objeto duro, que resultó ser una mano; en mi horror me aferré, ya desnuda, a todo ello. Cuando me despertaron vi que había viajado estrechamente unida a Julio, el jornalero, que vive a quinientos metros de mi granja». El después contó que le pasó lo mismo. El tornado lo atrapó mientras dormía en un pajar, desprovoyéndolo de sus ropas. La mamá de la chica no sabía si creerles o no, y durante todo un mes miró a su hija con sospechas.

Nueve meses más tarde, aún no había ocurrido nada.

## La solución final

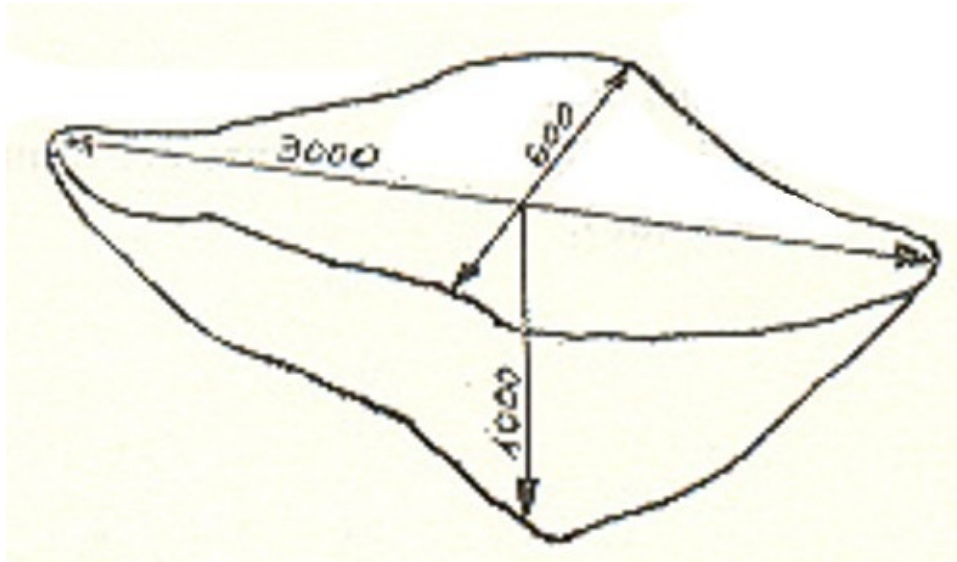
«Pero siempre que se haga uso de lo que dejo escrito, suplico que tus pasajes relativos a mi esposa y a mi familia, así como todas mis emociones de ternura y mis dudas secretas, no se hagan del dominio público. Que la gente siga mirándome como una bestia sanguinaria, como un sádico cruel y un asesino de masas; porque las masas jamás podrán imaginarse a otra luz al comandante de Auschwitz. Nunca comprenderán que también él tenía corazón y que no era un perverso».

*El comandante de Auschwitz*  
(autobiografía de Rudolf Hoess, comandante del campo de exterminio).

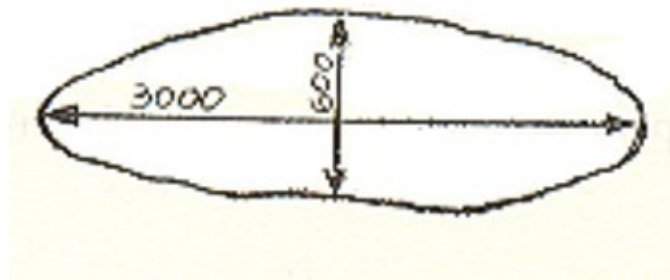
Por orden del Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner, los sindicalistas únicos y otros canallas tunicados nacidos por fragmentación, debían ser conducidos a la cámara de gas, en el momento mismo de llegar a los campos de concentración.

Al principio, a los fines de ahorrar producción y además para satisfacer una travesura juvenil de Dionisios Kaltenbrunner y siempre obedeciendo sus directivas —yo en ningún momento estaba de acuerdo con estos horrores pero me veía obligado a obedecer órdenes—, los cadáveres no eran cremados sino arrojados en un único lugar profundo. «Arrojarás todos los cadáveres provenientes de nuestros 1.208 campos de exterminación en masa, a esa grieta hasta llenarla», me dijo Kaltenbrunner. La «grieta» era en realidad un profundo precipicio sin salida a ambos lados, y de por lo menos mil metros de profundidad, seiscientos de ancho y tres mil de largo, existente en la Tecnocracia centro central, producido posiblemente muchos siglos atrás por un formidable terremoto, cuando el país se hallaba aún en estado salvaje.

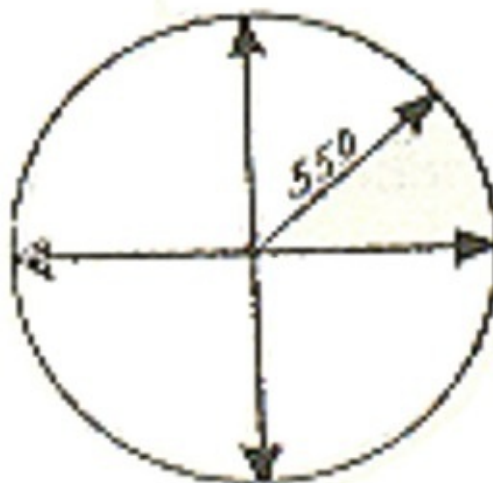
Traté entonces de calcular las posibilidades de la tarea que me había sido encomendada. Si miramos la falla desde arriba:



Esquema aproximado de la falla geológica:



Transformando esta figura en un círculo de área aproximadamente igual:



La altura (1.000 m) permanece inalterable. Calculando la superficie del círculo:

$$s = \pi r^2 = 3,14 (550)^2 = 981.250 \text{ m}^2$$

Calculando el volumen del cono (aprox.) cuya base es la supo anteriormente evaluada, y siendo su altura 1.000 m:

Volumen del cono:  $(981.250 \times 1.000)/3 = 327.083.333 \text{ m}^3$

Volumen aprox. de cada cadáver:  $2/5 \text{ m} \times 2/5 \text{ m} \times 1,70 \text{ m} = 0,40 \text{ m} \times 0,40 \text{ m} \times 1,70 \text{ m} = 0,27 \text{ m}^3$  (igual o semejante a  $0,30 \text{ m}^3$ ).

De manera que según mis cálculos, tres cadáveres entrarían cumplidamente en un metro cúbico. Debía tener en cuenta por lo demás, que los cadáveres no serían depositados con todo cuidado en el fondo, ordenadamente, para que entrasen los más posibles en el menor espacio; antes bien serían arrojados al fondo de la grieta desde las naves aéreas de transporte, suspendidas en el aire, encargadas de traer los cadáveres desde todos los campos de concentración del país. Estas consideraciones y el cálculo de otros desajustes friccionales, me llevaban a entender que, en cualquier forma, por metro cúbico entrarían no menos de tres cadáveres.

Por lo tanto:

$327.083.333 \times 3 = 981.249.999$  (igual o semejante  $981.250.000$ ) cadáveres hallarían sepulcro y descanso definitivo en la grieta hasta tapanla. Cuando estuviese repleta, los últimos tres metros se rellenarían con: el metro inferior, terrones de cal viva, y los dos metros superiores: tierra. Luego el lugar sería terraplenado.

Ya desde el principio de los exterminios de sindicalistas únicos y otros canallas lunicados nacidos por fragmentación, hubo complicaciones. No bien en el fondo de la grieta estuvo el primer lote de cien mil cadáveres, el hedor de la descomposición, por imposible que parezca, subía hasta el borde; es más: a cada cambio de viento, el olor llegaba a poblaciones situadas a kilómetros del lugar. Esto, por de pronto, trajo tres problemas: los soldados de los puestos de guardia, quienes vigilaban que ningún turista curioso pudiera acercarse a husmear demasiado, se quejaron de que el hedor les impedía respirar, comer, dormir y que, hasta sus propios cuerpos estaban ya tan impregnados del olor, que cuando iban de permiso a cualquier población, todos les rehuían llamándoles «los muertos vivientes». Esta primer dificultad fue solucionada dando les trajes especiales de plástico para rechazar toda impregnación, con refrigerantes internos y mascara de oxígeno. Más adelante, el problema tuvo solución totalmente adecuada, al reemplazar a los guardias de las I doble E por robots, máquinas y alambradas electrizadas. El segundo problema era estrictamente de seguridad. Las poblaciones hasta las cuales llegaba el desagradable aroma, fueron evacuadas luego de poner a buen recaudo a los observados como de tendencias locuaces.

El tercer problema lo constituían los buitres. Buitres y otras aves de rapiña, atraídos por el olor, bajaban desde cientos de metros, revoloteando en círculos hasta el fondo del pozo donde se hacían un festín. El espectáculo de esas aves de presa, todas juntas o en grupos más a menos dispersos, bajando en tirabuzón y lentamente al

fondo de la grieta, aún ahora me estremece. Los gritos ensordecedores implacables, sin solución de continuidad día y noche, volvió loco a más de uno. Pero el verdadero problema fue que los buitres y demás aves podían alertar a cualquier espía en el sentido de que «allí sucede algo».

Y estas son algunas de las anotaciones del diario del Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner:

«Conversé en varias oportunidades con el Monitor y von Destripante. Sentados los tres tomando te y fumando —en realidad fumábamos yo y el Monitor únicamente pues van Destripante como buen miembro de la vieja guardia no fumaba, bebía ni probaba carne; un error, en mi concepto— el Monitor expuso a van Destripante el entusiasmo que había despertado en su imaginación mi idea de meter más de 1.400 millones de cadáveres en una única grieta<sup>[7]</sup>, y requería su opinión. Von Destripante nos arrojó un balde de agua fría al decir con competente sonrisa:

—No, no, *mein* Monitor. Usted es inexperto aún. Hace muy pocos años que es dictador y está en esto. Yo antes era idealista como usted. Trataba de envolver los exterminios en fantasías creadoras, para hacerlos menos monótonos y dar impulso a todo un arte secreto —claro está— y paralelo. Pero luego, ante la realidad de la falta de imaginación de mis colaboradores, su constante falta de lealtad, honor y humor (umhor: Jacques Vaché), debí volverme un exterminador prosaico y práctico. Dejé de ser un soñador. Dentro de algunos años, usted me dará la razón. Yo sé que usted va a cambiar.

Monitor:

—Bueno, debo decir que no esperaba ser desanimado por usted, de quien aguardaba constante estímulo y apoyo. Es usted la última persona del mundo de quien podía... pero no, debo estar equivocado. Sería demasiado... demasiado...

Sacudió la cabeza competente e implacable:

—Nada, nada, la voz de la experiencia mi querido Monitor. La voz de la experiencia, que ha arrasado frustrante con las esperanzas de más de un soñador; como el viento que destroza los botones en flor de los cerezos del Japón. El último haiku.

Al principio de los exterminios nos invade un sentimiento de expectación maravilloso, “como el hombre que ayuda por primera vez a su amada a desabrocharse el corpiño” (Hermann Hesse); pero después nos hacemos materialistas. La realidad no corresponde a nuestros sueños.

Yo, terciando:

—Pero en definitiva, y examinando la cuestión desde un punto de vista

eminentemente práctico; ¿por qué se opone?

—Yo no me opongo.

—Pero no lo ve factible.

—Y yo no puedo verlo factible con razón, porque usted no tiene en cuenta una serie de fenómenos que se producirían no bien sean arrojados los primeros cientos de miles de cadáveres. Hay una palabra médica para referirse a los líquidos que destilan los cadáveres. Como no me acuerdo, llamémosla “ríos de lava de cadáveres”. Bien. Esta fermentación como ríos de lava, crecerá en forma desmesurada hasta el punto de producir incluso centros ciclónicos y anticiclónicos; además aumentará la temperatura y la lava tenderá a subir arriba a los cuerpos.

Yo:

—¡Pero eso no es posible!

—Cómo que no. ¿Usted sabe lo que es una cantidad así de cadáveres, todos en el mismo lugar?

Tendrá ciclones en ese sitio todos los días. Claro que esto sería solucionable, ya que con la tecnología que ustedes poseen están en condiciones de disponer una flotilla de aviones para bombardear con cohetes los centros de cada ciclón, para destruirlos a medida que se vayan formando. Además los buitres y otras aves de presa se comerán una buena parte de la carne y eso disminuirá la presión.

Monitor:

—Esa cantidad comida por los buitres sería en cualquier caso despreciable.

—No crea.

Yo:

—Además los buitres no podrían aguantar el hedor durante el kilómetro que deben bajar, y el que deben subir para salir del agujero y comer su porción en otro sitio.

Van Destripante:

—Sí aguantarían ¿para qué cree usted que el pájaro tiene dispositivos orgánicos, los cuales le permiten tapar sus vías respiratorias durante un tiempo de ser necesario? Aguantarían. Además —se vuelve al Monitor—, yo insisto en la cantidad de carne que se van a comer, a pesar de que usted no le da importancia y se niega a considerarla, pues ello disminuirá la enorme presión de la putrefacción.

El Monitor, medio enojado:

—Usted debe considerar todo esto como una travesura juvenil de nuestra parte, ¿cierto? Se niega a considerarlo como un propósito perfectamente

científico, artístico y mágico.

Van Destripante:

—No, yo no dejo de entenderlo así, como un propósito válido mágicamente, artístico e incluso científico. Indudablemente es algo juvenil, pero yo no me opongo a... “lo juvenil” por así decir. También lo considero como algo que de golpe puede ser muy válido. Yo simplemente no sería leal con ustedes si no aportase mi experiencia. Después de todo me han llamado y estamos conversando ¿no? —al ver que el Monitor continuaba algo enojado —: No, *mein* Monitor: no crea que no valoro el esfuerzo. Lo considero altamente creacional y sugerente. Además como le digo: si son ustedes capaces de tratar a toda esa gente, no dudo que les será factible también solucionar la minuta del problema planteado».

(Fin de la cita del diario de Dionisios Kaltenbrunner.)

Desde Máquinas Centrales llegó la tímida sugerencia de que les fuesen entregados los cadáveres, en vez de seguirlos arrojando a la grieta, para industrializarlos transformándolos en energía. A esta sensata y magnífica proposición que lo habría solucionado todo, se negó de la manera más firme y terminante el Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner, alegando mil y una excusas y razones inválidas, aunque todos sabíamos que el motivo real era la satisfacción de su delirio: llegarse hasta el lugar terraplenado cuando fuese viejito y, cruzando satisfecho los dedos sobre el abdomen, pensar: «Esto, lo hice, yo».

Valido de la jerarquía de su cargo y sobre todo de la enorme influencia que tenía sobre el Monitor, terminó por salirse con la suya.

Un científico tecnócrata inventó un fluido mediante el cual, si se rociaba con él a los cadáveres, aunque fuese ligeramente, toda descomposición y por lo tanto emanación desagradable se interrumpía en forma indefinida. Equivalía a embalsamarlos. Pero también a esto se opuso con toda terquedad y frenéticamente el Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner, alegando que, según él, aquello «no era natural»; y que «todo cadáver debe seguir su ciclo biológico».

Una vez más debimos doblegarnos. Por disparatadas que sean, órdenes son órdenes.



## El jardín de los monstruos magnetofónicos

Dionisios Kaltenbrunner fue el primero, en realidad, que inició estudios serios sobre plantas magnetofónicas. En una sección del campo de concentración que rigió durante breve lapso (nueve meses: el tiempo de la gestación), hizo instalar un pequeño jardín botánico y dio orden de que los interrogatorios, así como las vivisecciones de prisioneras o los experimentos científicos más exuberantes, tuviesen lugar en dicho jardín para que las plantas los oyesen. Además las sesiones fueron grabadas y, posteriormente, día y noche se las volvían a hacer escuchar a dichas plantas; así, en esa forma, les ocurriría lo mismo que alas gallinas, las cuales ponen más huevitos si oyen música clásica.

Los representantes del reino vegetal, terminaron por volverse magnetofónicos también ellos, y ya tenían las cintas magnéticas grabadas dentro suyo, por la ley de la equivalencia energética de los diferentes y comunicados sistemas mágicos.

Paralelamente a todo ello dieron a las plantas alimentos especiales para que sus savias corriesen más rápido; tal era idéntico a grabar a mayor velocidad: si aumenta el número de vueltas de la cinta por unidad de tiempo, más precisa obtenemos la voz; esto es: al incrementar en la savia el número de señales que se correspondiesen con sonidos —al agregar nuevas medidas<sup>[8]</sup>— agigantaríase la precisión de lo escuchado por ley de errores de Gauss.

Así pues las plantitas, ya vueltas francamente magnetofónicas, proferían en medio de sus deleitados chillidos todo lo que les habían enseñado. Innecesario es decir, cada día estaban más altas y gordas, y los frutos jugosos, enormes y magníficos; hasta en las que tradicionalmente no los ofrecían, por su particular especie. Como los olmos, por ejemplo, que antes no daban.

Tuve una sola oportunidad para observar el meritísimo jardín del Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner, aquel bienhechor. Yo le había rogado mucho; hasta el cansancio de ambos, lo reconozco: «Pero mi Teknocraciamonitor...». «Yo sería tan feliz si usted...». Por fin accedió, aunque no de la manera que yo imaginaba.

Furioso ante mi insistencia, extrajo de su uniforme una tenaza de enormes dimensiones. Me puse lívido. Comprendí al momento que se disponía a privarme de mis pudendos testiculines. No pude impedir que mi mano derecha descendiera en supuesta defensa, sobre la zona en litigio. El subconsciente, a veces es tonto y nos descubre.

Me equivocaba sin embargo y por suerte, ya que su intención no era la imaginada. No obstante esbozó una leve sonrisa al ver mi gesto automático y por un momento dudó. Para mi dicha su decisión consistió en no dejarse influenciar, ateniéndose a su primera idea: apretar con ferocidad y tenaza, una de mis orejas.

Así, en tan incómoda posición, fue llevándome —sin reparar en mis gritos y tropezones—, a dar con gran velocidad una vuelta por el lugar. Cada tanto me obligaba a detenerme ante una de sus preferidas, sin por ello soltarme, al tiempo que farfullaba «¿La ve? ¿la ve?», o si no: «¿Le gusta? ¿le gusta?» y, siempre con su tenaza enganchada en mi oreja, nos trasladábamos hasta la próxima acompañando el paseo con bofetadas, testarazos y cachetes, que aplicaba con su mano libre; o bien, cada tanto, recibía el homenaje de un disciplinario hecho con alambre de púa trenzado con ortigas, que solía llevar colgado de su cinturón. Cada golpe lo acompañaba vociferando alguna cosa —lo absurdo de las palabras utilizadas, me conmovían más que los latigazos—: «¡Gitanerías!, ¡cosquillas!, ¡embelecós!, ¡arrumacos!, ¡cucamonas y carantoñas!».

Ignoro cómo salí vivo. Pensé que iba a transformarme en magnetofónico a mí también.

Pese a la falta de bienestar promovida por la situación, algo vi y recuerdo. Una parte de las plantas eran altísimas, verdaderos árboles. Había otras diminutas. Todas ellas tenían algo en común: no es que comieran, exactamente —al menos no me consta—; más bien daban la impresión general de poder hacerlo. En los capullos de algunas, observé diente-cillos.

Ciertas flores se expresaban mediante enormes volúmenes rojos. Otras propagaban amarillos resplandecientes, entre verdes cristalinos y hojas como agujas. No faltaban las completamente grises, de tonos monocordes, sostenidos y continuos, ausentes de ellas toda presencia terrenal; como si fueran plantas marcianas o de las selvas venusinas.

Vi una especie de maíz, con mazorcas marrones, trilobuladas, surgiendo entre espectrales hojas de terciopelo azul.

Los aromas de todas ellas eran densos, como si pertenecieran a esencias concentradas. Jamás olí nada igual pero, cosa extraña, daban la sensación de algo familiar.

Mucho me habría gustado tomar unas instantáneas, pero esto fue imposible. «Saque fotos; saque, saque», me animaba el Teknocraciamonitor mientras proseguía llevándome de la oreja, transformada a esa altura en salchichón, si tenemos en cuenta su color, olor, sabor y volumen. «Saque fotos». No lo hice pues temí que con tanto traqueteo la imagen saliera movida. En fin. Mala suerte.

Muy condescendiente y ya fuera del vergel, me pregunto el comandante: «¿Desea algo más?». «Sí: irme». Por suerte ese día estaba de un humor excelente y cedió con indulgencia ante mi requerimiento. Incluso me devolvió la oreja.

Ahora la tengo sobre mi mesa, como un pisapapeles; como hizo Stalin con el cráneo de Hitler. Temo que algún día manijeadó la confunda con un orejón y me la coma.

Lamentable, la indigestión. Muy lamentable.

## El delirio del Delirio

Dionisios Kaltenbrunner tiene la culpa de todo. Estuvieron por destituirlo más de cien veces, pero fue imposible hacerlo caer en desgracia ante el Monitor, quien sentía por este personaje funesto a los ideales tecnócratas, un irracional afecto. ¡Ah si el Monitor hubiese conocido al detalle el alcance de algunas de las órdenes delirantes que daba! No dudo que todo hubiese sido muy diferente. Pero, así las cosas. Daré un único ejemplo, pese a que recuerdo cientos igualmente catastróficos.

Ignoro de qué manera convenció al Monitor, en el principio de la instalación de su gobierno, para que, en tanto fuese construida Monitoria, se nombrase a Camilo Aldao capital provisoria del país. La razón era que el Teknocraciamonitor de las I doble E había vivido allí largos años; se crió, puede decirse. El Jefe del Estado, llevado por el profundo cariño que sentía por Dionisios Kaltenbrunner, lo complació también en ese pequeño e inofensivo delirio (así creía él). Camilo Aldao fue, pues, capital de la Tecnocracia.

Monitor iba de un lado a otro, viviendo entre las vigas a medio colocar de Monitoria, la futura capital; dormía al *tipo* en medio del desierto, pues no deseaba dejar un momento sin vigilancia las construcciones. En todo el período que Camilo fue capital, sólo vivió allí un tiempo que no pasó en todo caso de 28 horas.

El Teknocraciamonitor de las I doble E, Dionisios Kaltenbrunner, también ocupadísimo, sólo estaba en la capital provisoria ocasionalmente. Nombró comisario político de Camilo Aldao a José Kaltenbrunner Garbanzo (no era pariente del Teknocraciamonitor de las I doble E; se trata de una casualidad).

No bien se hizo cargo del comisariato político, en vez de, cual hijo obediente, dar cuentas al Monitor, aprovechó la oportunidad para convertirse en dictador absoluto. Su primera medida fue ordenar la erección de un paredón que rodeara al pueblo; según sostuvo, como todos estaban locos, era más barato cercar con tapia de manicomio al poblado entero. Se instaló en un bunker cancillería que mandó construir en la plaza, frente a la pirámide. Ordenó sacar la piedra fundamental de esta última, pero sin demoler el resto; porque cuando fundaron el pueblo —unos ochenta años atrás—, colocaron en dicha piedra dos damajuanas de vino. Quiso saborearlo ya que, según decía, «Ahora debe encontrarse bastante añejo».

Unificó los mandos civiles y policíacos y organizó un ejército personal de mil hombres. Pueblo y colonia juntos no pasaban de cinco mil habitantes, pero a sus efectivos los reclutó en diferentes puntos del país. Eran tipos atrabiliarios y feroces; para pagarles recurrió a «impuestos especiales», que iba a cobrar a casa de cada chacarero pudiente en forma personal. Creó además una policía secreta y clavó sobre la puerta un gran cartel que decía Gestapo; además cambió el nombre de la calle por el de Prinz Albrechtstrasse, y le puso el número 8.

Sus mil hombres marchaban por el pueblo en desfiles (uno por semana), a paso de ganso, con insignias SS sobre hombros y gorras. Llevaban banderas negras con calaveras, etc. Además rompía los nervios a las más intempestivas horas con marchas militares propaladas por altoparlantes.

Promulgó una ley según la cual «Todas las mujeres pertenecen al Estado» y «El Estado soy yo». Militarizó a cuantas pudo, preparándolas para la guerra total.

Cuando rumores de estos excesos llegaron a oídos del Teknocraciamonitor de las I doble E —el Monitor no se enteró de nada hasta que fue demasiado tarde—, al principio no dio crédito. Pero cuando Camilo por orden de Garbanzo se declaró nación independiente y exigió salida al mar —por lo cual tendrían que haberle otorgado una franja de veinte metros de ancho, y más de 1500 kilómetros de largo—, el Teknocraciamonitor de las I doble E intervino, ordenándole a Garbanzo que se ajustase al comisariato político, disolviera en el acto a las SS y licenciase a la Gestapo, si no quería ser destituido y enviado a un campo de concentración.

Como toda respuesta, Garbanzo hizo detener al enviado de Kaltenbrunner y encerrar al juez del pueblo en una mazmorra, sin agua, pese a que el otro no tenía nada que ver en el asunto y ni había abierto la boca.

Cuando a Kaltenbrunner le fueron revelados estos últimos sucesos, sin poder reponerse de su sorpresa, se hizo repetir dos veces la noticia. Luego mandó trescientos hombres a arrestarlo, armados y con vehículos blindados. Fueron recibidos a tiros y cañonazos de bazooaca de fabricación casera, invención ésta de Garbanzo, con la cual había munido en gran cantidad a su pequeño ejército. Las tropas enviadas por el Teknocraciamonitor de las I doble E tuvieron que replegarse con fuertes bajas.

Kaltenbrunner lanzó por radio un ultimátum: o deponía las armas en el plazo de diez horas, o daba orden a la aviación de bombardear el Cuartel General garbanzoniano. Su jefe, como toda respuesta, llamó a la totalidad de las clases bajo las armas. Uno de cada tres habitantes fue movilizado. Declaró la guerra total por la radio de Camilo Aldao. El ejército ascendió a tres mil quinientas tropas entre hombres y mujeres. «¡Esto se está poniendo lindo!» —dijo Garbanzo lanzando una tremenda risotada.

Como Garbanzo había descubierto varias armas secretas —un tembladeral portátil capaz de parar con epicentro de terremoto a las tropas que se acercasen, y un antigravitatorio—, cuando pasado el plazo la aviación tecnócrata atacó, los aparatos, cinco en total puesto que no se pensaba en la necesidad de un número mayor, fueron destruidos y derrotadas las tropas que envió el Teknocraciamonitor de las I doble E.

Lleno de espanto Dionisios Kaltenbrunner se alejó del teatro de la lucha, resignándose a dar parte al Monitor, quien se había mantenido ignorante de todo, perdido en sus delirios arquitectónicos. Incluso Kaltenbrunner tenía la idea de

aconsejar al Monitor que cediera a las exigencias de Garbanzo, dándole la faja de 1500 kilómetros y la independencia que reclamaba para el pueblo. Pero el Monitor era de otra pasta. Montó en cólera y una vez que, temblando, Dionisios Kaltenbrunner le hubo contado los pormenores de la rebelión, volviendo a su fría calma habitual ordenó traer las legiones de Africa, el octavo ejército de la Tecnocracia septentrional, y la ciento setenta y dos ava división de las tropas de asalto, para que convergiesen sobre Camilo Aldao, y que mil naves aéreas atacasen al mismo tiempo la fortaleza garbanzoniana. Sólo así pudieron ser finalmente derrotados.

La rebelión delirante de Garbanzo, asustó más al Teknocraciamonitor de las I doble E Dionisios Kaltenbrunner, mucho más, que la campaña de Rusia que la Tecnocracia comenzó pocos meses después de estos sucesos. Para este operativo tuvo muchísimo menos miedo de los resultados, como digo, que con la pasmosa guerra civil señalada.

No le faltaba razón desde luego: era la primera vez que la Tecnocracia enfrentaba un peligro. Si señalo su terror, es sólo para resaltar el hecho de que por algo infinitamente más peligroso como es atacar a Rusia, una suerte de inconciencia, o alejamiento de la realidad, delirante, hizo que no temiese. No fue así con el Monitor, porque éste era de los que no tenían miedo ni antes ni después.

No digo más. Debo lealtad a mis pasados jefes. Dentro de pocas horas, por orden de los magistrados, seré llevado a la maquina de hacer salchichitas.

Metatarso Grullo Periquete, ex Protector de Protelia del Sur.

(Encabezamiento de la novela histórica de Eduardo Pulik, escritor miembro honorario de la Academia de Ciencias de Protelia del Norte. *De Profundis*).

«Es indudable que José Kaltenbrunner Garbanzo (que no era pariente del Teknocraciamonitor de las I doble E), fue un loco entusiasmado, alharaquiento y maniático. No obstante, por alguna concatenación no tan extraña de causa-efecto: valoración indebida de la correlación de fuerzas sociales, asustó más a la Tecnocracia, y le costó a ésta más en proporción, que atacar a Rusia o doblegarla: Además Garbanzo estuvo a punto de avasallar a los tecnócratas, cosa que antes no había ocurrido. Fue la primera vez que el poderío de la dictadura tambaleaba.

Por otra parte, es extraño que, mentirosos como eran los tecnócratas, no hayan acusado a Rusia, Soria o Protelia del Norte de ser los agentes secretos provocadores de la rebelión. El levantamiento delirante de Garbanzo —un verdadero y genuino tecnócrata: por eso los tecnócratas se asustaron, más que por la rebelión misma— debe ser considerado como un hecho único dentro del Olimpo Tecnócrata.

Viene a cuento de nada, pero no puedo menos que decirlo si no quiero estallar. Mientras paso en limpio el prólogo de esta novela histórica, miro sobre mi escritorio el volumen que contiene las memorias de Metatarso Grullo Periquete, ex Protector de Protelia del Sur, quien fue transformado en salchichetas por orden de los jueces, entre los cuales tuve el honor de contarme.

Jamas olvidaré el indignante cinismo de Periquete. Cuando, a través de la maquina traductora, se le informó que catorce días después sería convertido en embutidos para alimentar gallinetas, avutardas, pavipollos y chotacabras, quedó pasmado. Con la boca abierta. Parecía herido por un rayo injustísimo. Nunca sabré si era sincero o si se trataba de una nueva burla y ofensa. ¿Pero qué imaginaba?, ¿que íbamos a respetar su preciosa e irrepitable vida?, ¿estaba loco? Nos disponíamos a ejecutarlo. ¡Pobrecillo! ¿Y la razón de esta cruel enormidad?: una poca de genocidios en su haber. A lo sumo un par de pocas. Por tal futesa habían decidido privar de su existencia a una persona excelente. Pero qué incomprensivos y malos. Cómo no entendían que —tan luego él— se moriría pa’siempre.

Pido disculpas a los lectores por la digresión, pero sin este desahogo reventaba».

## Análisis de guerra

Comentaba por aquella época Julio Garbanzo, atrincherado en su Cuartel General de Camilo Aldao, mientras esperaba el ataque de los ejércitos tecnócratas, que finalmente habría de aniquilado:

—Esos comentaristas de la Segunda Guerra Mundial no han sabido sacar las debidas conclusiones de varios hechos importantes. Todos están de acuerdo, por ejemplo, en que Stalingrado cambió la dirección del centro de gravedad de la guerra, y éste en vez de acercarse más y más al lado vital ruso, comenzó a trasladarse al corazón alemán.

Se sabe que cuando el centro de gravedad total de una guerra llega a rozar aunque sea ligeramente el corazón de un país, el colapso sobreviene. Bien. A su vez Stalingrado, como un castillo de naipes que se derrumba, obligó a los alemanes a esfuerzos de material cada vez mayores; así poco después sobrevino la gran batalla de tanques del arco de Kursk, batalla en la cual los alemanes perdieron 2.000 tanques sin objeto, pues ello no pudo detener el desplazamiento del centro de gravedad.

Garbanzo se detuvo. Encendió un cigarrillo. Expulsó cierta nube blanca, achorizada y abundosa, que subió hasta el techo para instalarse como un cirrus. La miró soñadoramente y prosiguió:

—Kursk fue peor que Stalingrado. Por su parte el desgaste blindado anterior, produjo Crimea e inmediatamente después, la gran derrota de la Bielorrusia, más grave que Kursk. Se sabe. Lo que yo no sé es por qué los comentaristas no siguen el orden inverso en el análisis de la situación, y arriban a las más eficaces y sutilísimas conclusiones.

Yo razono de la siguiente manera: la gran derrota de Bielorrusia, debió tener como antecedente una catástrofe menor pero más sutil que ella; como una bola de nieve que disminuye al volver atrás. Investigo y descubro que es la gran batalla de tanques del arco de Kursk. Prosigo el análisis, pues sospecho que lo del arco debió tener una derrota anterior más etérea, menos fácil de ubicar que esa aniquilación tan obvia. Porque yo me digo...

Pero sus razonamientos fueron interrumpidos por una mujer de edad, quien penetró en la Sala de Situación del Cuartel General. No bien la vio, Garbanzo se puso tornasolado en violeta, casi tirando a violetín.

Dijo la señora, mirándolo arrobada en medio de aquellas swástikas:

—¡Íósele! (Josecito). *¿Vos majstu, main schein kind?* (¿Qué hacés, mi lindo nene?).

Sumamente nervioso y mirando de reojo a sus dos SS de la Guardia, dijo Garbanzo tratando de echada:

—*Geyavek, mame* (Andate, mamá).



Ella, en estado de adoratriz y esclava perpetua.

—¡*Main kleiniker!* ¡*íngele!* (¡Mi chiquito! ¡varoncito!). Garbanzo sudaba. Parecía haber entrado en agonía. Lanzó una mirada suplicante al retrato de Adolfo que tenía pegado en la pared, con chinchas. El otro estaba allí: enchinchado pero implacable.

El Supremo Dictador de Camilo Aldao agachó la cabeza. Volvió a mirar a su madre y los ojos le ardieron de furia.

Ella, como si nada, a todos los presentes:

—Pero por favor: sigan, sigan. No me presten atención. Sigán con sus cosas importantes. Hagan de cuenta que yo no estoy. Dentro de un rato les vaya traer unos *béigalaj* de queso y unos huevitos. ¿Pero qué esperan? ¡Sigán!

Ugolino Fresco Pantaleón, Ministro del Interior de Camilo Aldao, carraspeó algo confuso y dijo dirigiéndose a Garbanzo:

—Graf. Cofn. Usted nos informaba, comandante, que hay una derrota menos fácil de ubicar...

Garbanzo:

—Eh... Sí. Eso es. Una derrota en la cual nadie haya reparado. Pienso lo siguiente...

La señora:

—Es amoroso *main taierer* (mi querido). Con qué propiedad habla. Me ha traído muchas *farguenigns* (satisfacciones). Yo sabía que con ese *idischn kop* —golpeó con un dedo su cabeza— iba a llegar lejos.

Garbanzo farfulló rabioso, entre dientes, no sabiendo cómo sacársela de encima:

—Mame... *geya avek* ¿sí?

—Bueno, está bien, está bien. Ya me voy. Ya dejo de molestarte. Colgo y moiro. Cómo son los hijos...

Entristecida, ella salió por el foro.

Garbanzo suspiró aliviado. Con seguridad, consideraba al mutis de su madre como obra de la Divina Providencia. Prosiguió diciendo, tal si nada hubiera o hubiese ocurrido (de ambas maneras no deben decirse al mismo tiempo para evitar superposiciones)<sup>[9]</sup>:

—Yo me digo esto: no es posible que Hitler (quien después de todo habrá sido lo que se quiera pero era un buen militar), no supiese lo que ningún cadete ignora: no hay que emplear el grueso de nuestras fuerzas en atacar el lado más fuerte del enemigo, pues aunque ganemos la victoria será pírrica. Si lo hizo fue *porque no tenía más remedio*.

¿Qué lo obligó a actuar así? Indago el profundo misterio, seguro de que el análisis de los fragmentos de noticias dispersas (alguna en la cual los demás no prestaron mayor atención) me darán la clave: picoteando aquí y allá, escudriñando con mis registros y pesquisas, veo coronado el fruto de mis esfuerzos, al descubrir que entre

finés del 42 y principios del 43, tuvo lugar una gran batalla en Stalingrado, donde fueron derrotados los alemanes. Continúo mis tanteos, rastreos y buceos, y sorprendido no encuentro más allá otra cosa que victorias germanas. ¿Cómo es posible?

Una vez más sus pensamientos fueron interrumpidos por la buena mujer, quien esta vez apareció con una bandeja pletórica hasta la histeria, superpoblada de vasos con leche y comidillas. Aquellas viandas regias habrían sido envidiadas por los troyanos; me refiero al día en que celebraron con un banquete los funerales de Héctor, el Domador de Caballos.

—¡Alegría! ¡alegría! Aquí está la *mame*, con *béigalaj* de queso para todos. ¡*Amejaie!* (¡Delicioso!) —se volvió a Garbanzo—. ¿Un vasito de *milj* (leche)? *Es a schtiklschtrudl*(Comé un pedazo de schtrudl).

—¿No es cierto que vas a comer un huevito?

—Por favor, mamá... No. Gracias.

—¡Pero son huevos frescos, Iósele!

—Sí, pero no quiero.

—¡Te vas a desnutrir, Iósele! Oy, oy, Oy...

—No, qué va. Estoy muy gordo.

La señora se volvió a los guardias:

—¿Y ustedes, muchachos?, ¿no quieren schtrudl?

Los SS miráronse entre sí molestísimos. Uno de ellos respondió con tono vacilante:

—N... no señora. Estamos de servicio.

—¡Ay, qué buenos muchachos y tan simpáticos! Siempre trabajando por el bien de la humanidad —dirigió su vista al retrato de Adolfo—. Él también tiene cara de buena persona. Se parece muchísimo a mi hijo Iósele.

José Garbanzo, ya sin furia, en un tono firme y suplicante al mismo tiempo:

—Mamá, por favor, ya no aguanto más.

Ella se volvió en torno:

—Si necesitan algo, no duden: llámenme que yo estoy siempre por aquí.

—Mamá: si volvés a aparecer prometo fumarme las cenizas del *zeíde* (abuelo).

—¡Iósele!

Escandalizada ante la blasfemia, la buena mujer «se eclipsó»; como dice Julio Verne en *Viaje al centro de la Tierra*.

José Garbanzo retornó el tema, seguro de no ser interrumpido otra vez:

—Decía que, antes de Stalingrado, no encontré otra cosa que victorias alemanas. ¿Cómo puede ser?

Vuelvo atrás en mis pensamientos a inmediatamente después del combate, tan cerca de su fin como me sea posible, al igual que un artillero comete errores en su

puntería a derecha e izquierda del objetivo, pero siempre más cerca de la verdad, ajustando la precisión; vuelvo atrás, como digo, y el triunfo ruso ya es demasiado abrumador como para que sea el antecedente penúltimo. Me traslado nuevamente al otro extremo: al principio de la batalla de Stalingrado y, este comienzo de combate, está tan lleno de anteriores triunfos alemanes que no es factible analizar con precisión. Introdúzcome ahora algunos días antes del fin de la batalla, y aquí también ya hay derrota anterior. Vuelvo atrás a pocos días de empezada, y hay demasiada victoria alemana todavía.

Continúo así un par de lustros en mi huroneo escrutador, y por fin todo se transforma en luz para mí: llego a la hora, día, mes y año, incluso segundo, en que la batalla y por lo tanto la guerra y la situación de Europa en el siguiente milenio, no estaba ni perdida ni ganada; con todas las fuerzas en absoluto equilibrio. De manera tal que hasta un niño, con sólo apretar el centro de gravedad con la punta del dedo meñique, habría hecho oscilar todos los contrapesos, uno tras otro, dando la victoria para cualquiera de los dos bandos.

¿Y qué descubro? Pues que von Paulus, jefe del sexto ejército alemán, no estuvo a la altura del destino histórico a desempeñar; pues si él hubiese hecho como yo en su caso, se habría rodeado antes de la batalla con una cuadrilla de astrólogos, para que le indicasen con minutos, segundos, millonésimas y aun más allá: tiempo discontinuo, cuándo —aun corriendo riesgo inmenso— salir del bunker, y matar con su revólver a cierto soldado soviético que atacaba en ese momento. Esto a su vez habría desencadenado tal furia heroica en sus tropas, que el centro de gravedad, ya irreversiblemente desplazado, conduciría hacia una victoria alemana en todo el mundo. Así, por ahorrar un solo tiro, se deshizo el Reich milenario de su Führer.

Cierto que según averigüé después, ese soldado soviético que Paulus no mató, quedó al minuto siguiente semi disuelto en el aire a causa de una granada que un alemán le metió en un ojo; pero ya no era lo mismo: el tiempo discontinuo, trascendente, se había perdido.

A su vez, si se ganaba la guerra en lo infinitesimal, podía perderse en la próxima batalla si un ruso hacía lo mismo pero a la inversa. ¿Qué tal?, ¿vio qué difícil?

Si tengo tiempo, dentro de algunos años voy a escribir una historia de la Guerra Mundial N° 2, exclusivamente desde el punto de vista astrológico. Un horóscopo tras otro y minuto a minuto. Será muy interesante averiguar quien la ganara.

Por otra parte...

Justo en ese momento las fuerzas tecnócratas enviadas por el Monitor pasaban al ataque general, interrumpiendo como una súper *idische mame*. De modo que nunca pude averiguar cómo continuaba el análisis de guerra de José Garbanzo. Quién sabe qué otras importantes revelaciones pudo haberme hecho.

## Escalera de joyas

El bey de Turquía Hashyud mandó construir siete palacios superpuestos, en cada uno de los cuales, con ajuar y mobiliario, emparedó vivas a siete amantes. Cada una le duraba dos años, más o menos. Cuando se cansaba de ella le hacía un espléndido regalo en vestidos, a manera de ajuar fúnebre, y luego la emparedaba en un palacio, levantado sobre el último.

Ya en el momento de tomar nueva mujer mandaba iniciar la construcción de la próxima joya arquitectónica, sin que su futura ocupante se enterase. Pero como al cabo del tiempo seis esposas habían desaparecido misteriosamente —cantidad que coincidía en forma exacta con el número de pisos del monumento—, la séptima sospechó. Trató de ablandar al bey para evitar su triste suerte, pero fue inútil. A su tiempo siguió el camino de las otras.

Cada palacio superpuesto estaba alhajado en filigrana; presea, espléndido y gemado aljófara. Poseía iluminación combustible para los candiles, velas suplementarias, alimentos y agua como para permitir durante dos meses la prolongación de la vida de la infeliz. Tenía aberturas, pese a encontrarse tapiado, para que la víctima no muriera por asfixia. Una vez que el séptimo peldaño de aquella escalera mágica fue construido y ocupado por su respectiva amante, cesó en sus directrices arquitectónicas alegando que el siete era un número sagrado y no debía pisotearse.

A la muerte del bey, su reemplazante, mandó practicar boquetes en cada una de las construcciones, encontrando los esqueletos de las víctimas; pero ninguna de las posiciones esqueléticas era la misma, lo que indicaba distintas maneras de encarar el problema del propio fin. Sin duda todas —incluso la séptima—, debieron imaginar en algún momento que él terminaría por sacadas de su encierro.

Algunas pensaron que todo no pasaba de ser una broma cruel, ya que él les había dado anteriormente ejemplos terribles. Otras —quién no comete un inocente pecadillo de cuando en cuando—, supusieron que sería un castigo; aguardaban a que el tiempo anulase el rigor de la sentencia, al ablandar el furor del príncipe. Todas sin excepción dejaron diarios escritos —él las proveyó de lapicera, tinta y papel en abundancia—, de diferentes extensiones. Los más parecidos fueron los de la amante inauguradora, y el de la séptima y última. Estas dos fueron las únicas que, por alguna razón numérica cíclica, intuyeron su fin desde el comienzo; pero no se mataron salvo cuando la provisión de las lámparas se agotó. Al quitarse la vida, aún les quedaba algo de alimentos y agua.

La segunda se ahorcó con las sábanas.

La quinta prendió fuego a los cortinados y a la cama, con el doble propósito de transformarse en pira bonzoica y, al mismo tiempo, amargarle la existencia al bey

destruyéndole su proceso arquitectónico. No contó con la imaginación del déspota quien previendo ya esta falta de sentido del humor, había hecho blindar cada habitación e instalar una célula fotoeléctrica, que produjese una lluvia artificial en caso de incendio. A este respecto, debo decir que uno de los alquimistas del bey descubrió la electricidad; el soberano, comprendiendo en el acto las posibilidades totales que el nuevo invento tenía para su delirio, obligó al sabio a iniciar todo un proceso industrial encaminado, y limitado rígidamente, a crear la instalación antedicha. Una vez que el extinguidor automático de incendios estuvo dispuesto, lo hizo matar —al alquimista, claro— para que la electricidad no cayese en malas manos. Tuvo la precaución, eso sí, de guardar los planos para los extinguidores de los futuros palacios<sup>[10]</sup>.

La cuarta se degolló.

La tercera se cortó un seno.

La séptima murió de hambre. Gracias a ser muy económica con el agua, ésta le duró hasta su muerte. Desde su más tierna infancia en invierno sólo bebió el agua contenida en la sopa y el líquida de das tazas de café por día, y en verano, muy poco más. Sintió sólo un poco de sed en sus últimas jornadas de agonía, cosa que pudo solucionar haciéndose un corte y bebiendo su propia sangre; esta le permitió tirar con relativa confortabilidad otros cinco días. Cuando estaba por practicarse una nueva herida en el brazo, murió de hambre.

Al principia dije que esta mujer se mató. Y ahora afirmo lo mismo, pese a que aparenta contradecirse con lo relatado.

La sexta empezó a estudiar magia apresuradamente para, por medio de su voluntad, voltear la pared. El bey le dejó abundante material sobre ocultismo. Pero un estudio así es muy largo, y a ella le faltó tiempo. Ni siquiera logró lo más fácil: comunicarse telepáticamente con el tirana para rogarle que la sacara de allí; pero aun de haberlo conseguido, él no le habría prestada ni la más mínima atención. Bastante la escuchó durante dos años.

La primera comió papel hasta morir de un bolo fecal. Comenzó devorando lo no escrito, y siguió con lo que sí escribió: desde las primeras hojas de su diaria en adelante. Es por esto que quienes encontraron su esqueleto, sólo pudieron leer las últimas páginas.

El bey podría haber seguido superponiendo palacios hasta el infinito. Prefirió dejar la construcción tal cual estaba; pues así como hubo alguien que escribió novelas, él realizó Arquitecturas Ejemplares. Como una joya la Tecnocracia en el loto.

## La serpiente Kundalini

Monitor, en su infinita sabiduría, tomó una decisión con respecto a un hambre. Dio la orden de torturarlo con el procedimiento más costoso que haya existido.

Para construir la máquina de suplicios debieron extraerse nada menos que cincuenta mil millones de metros cúbicos de tierra, arena y rocas; a sea: un poco más de cincuenta kilómetros cúbicos. Vigas de acero, planchas capaces de resistir altas presiones, cables, cemento, etc., integraban el cuerpo del cavernoso engendro.

Sólo el poderío tecnócrata podía lograrlo; sobre toda teniendo en cuenta el tiempo demorado en los trabajos de construcción, que no alcanzó a dos años.

El aparato consistía, entre otras cosas, en un pozo de dos mil metros de profundidad; en su fonda se abría un largo túnel de cinco mil kilómetros de largo, cuya característica radicaba en irse curvando imperceptiblemente hacia la izquierda. Así, al cabo de su recorrido, llegaba al principio trazando una circunferencia perfecta. Era como una serpiente mordiendo su cola.

Las paredes, tanto del pozo como del túnel, fueron al comienzo mucho más grandes, ya que resultó necesario reservar espacio para poner el cemento armado, las vigas y las planchas, encargadas de soportar las inmensas presiones.

Para comprender la dimensión gigantesca de la galería, no hay mejor cosa que pensar en lo amortiguado de su curvatura.

Se descendía por el largo pozo al túnel, con un ascensor provisto de baterías solares. Cualquiera que marchase por el largo pasillo de cinco mil kilómetros, haría que unas luces se fuesen encendiendo delante suyo y apagando por detrás. Así, el que caminaba, se movía constantemente en el centro de un volumen luminoso de cien metros de largo, y en continuo desplazamiento. La construcción de las luminarias había sido planeada en esta forma, para que el supliciado no pudiera darse cuenta de la curvatura del túnel; esto habría sucedido, no obstante lo leve de la deformación, si hubiese estado alumbrado en todo su extenso desarrollo.

Cada tantos metros había alimentos y recipientes con agua. Cuando el caminante estaba cansado y con sueño, simplemente podía echarse a dormir en el pasillo de tormentos.

El condenado, solo por completo, sentía sin embargo la presencia del Monitor. Como lo conocía bastante, tuvo razones para sospechar que, en cierto desconocido punto de la prolongada oquedad, lo estaría esperando alguna trampa: un callejón sin salida destructor de toda esperanza, o una cámara de tormentos donde aguardarían varios verdugos, o cualquier otra cosa. Todo ello podía esperarse de la mentalidad del Monitor, pero no creía que fuese exactamente así en este caso. «Con seguridad me hará caminar años, para que en un momento dado termine por descubrir que estoy otra vez en el principio y me vuelva loco». Se le había ocurrido por primera vez que

podía estar marchando sobre el perímetro de una circunferencia. Un punto moviéndose sobre una sucesión elemental e inflexible de puntos. Según toda evidencia, para el Monitor él debía ser menos que una abstracción en ese momento. Esto sí coincidía con su idea del pensamiento total del Jefe de Estado cuando le daba por ser sutil.

«Todos los tramos de esta especie de mina de carbón son iguales; no obstante, al comer y beber iré dejando marcas», arguyó. Se imaginaba a sí mismo mucho después, pensando al ver restos en el suelo: «Parece que otro ha andado por aquí algunos meses atrás», equivocándose acerca de la verdadera manera de ser de la construcción; para, con el tiempo, llegar a descubrir algo que sólo él podía haber dejado y comprender con horror la naturaleza exacta de la pena. Todo esto lo supuso en una convulsión, ya sin caminar, inmóvil por el miedo ático que cubre con membranas.

Pretendió atarse los cordones de los zapatos, para dejar con disimulo su reloj en el piso. Si alguna vez retornaba como temía, lo habría de encontrar. Trató de llamar la atención sobre sí para apartarla del reloj, por si alguien lo estuviera vigilando.

Caminaba diez kilómetros por día. A veces enloquecía y marchaba a paso de ganso en un ataque de furia, hasta quedar exhausto. Otras, echaba a correr como si lo quisieran hervir vivo: lastimándose contra las paredes como el sobrino del profesor Otto Lidenbrock en el *Viaje al centro de la Tierra* de Verne. Tan posesionado estaba por el recuerdo de este libro que, mientras se llenaba de chichones la cabeza, gritaba lanzando espuma por la boca «¡Saknussem! ¡Saknussem!...»; cayendo por fin rendido. «Yo te adoro Graüben, ¿por qué huyes?».

A veces negábase terminantemente a continuar. Sentado en el suelo, pletórico de electricidades mentales y haciendo masa, se proponía volver al punto de partida luego de un descanso, o bien permanecer allí *per sécula*. En estas ocasiones, a poco sentía dentro suyo la advertencia de que su única posibilidad de salvación era seguir; si se dejaba dominar por el nihilismo estaba perdido. Fue disciplinándose poco a poco, cosa que no había hecho durante su vida más que en forma ocasional. Además ¿para qué retroceder si ya se había comido y bebido todo el contenido de los recipientes? Quizá se los volviesen a llenar en caso de que diera toda la vuelta, pero no si ahora retrocedía. Por algo, el agua y la comida de los envases que agrupaba cada depósito era *exactamente* la que necesitaba para quedar satisfecho; *pero no más*.

Siguió caminando. Una idea lo sostenía ahora: encontrar su reloj para así probar que el pasillo se mordía la cola. O sea: logró dar vuelta la tortura; lo que estaba destinado a suplicarlo se transformó por obra de su voluntad, en su principal apoyo.

A los quinientos días de haber empezado a caminar, encontró su reloj. No pensó: «¿Y ahora que? »; no meditó en el largo túnel, con planchas de acero como las escamas de una serpiente que se muerde la cola. Descubrió, eso sí, que estaba en la

casa de un Dios. Se sentó en el suelo e hizo la flor de loto frente a su joya. Alhajado platino midió el tiempo; la última fracción del definitivo segundo era una espiral de colores sobre discontinuos rieles blancos.

Alcanzó el estado de Samadi, o iluminación.

El Monitor, al verlo así, lo hizo sacar y le dio un alto cargo. Hasta el fin de la guerra, fue su Ministro de Propaganda.

Tecnocracia. Monitor. Triunfo.



# La cuadratura del círculo, el movimiento perpetuo, la piedra filosofal

## Cuadratura

—Se trata de dividir el círculo en triángulos, triangulines, triangulillos y triangulitines; o sea: una progresión decreciente y asintótica, hasta arribar al triángulo gnomon o Príncipe de los Enanitos. Esta verdadera llave ontológica, también denominada Sección Aurea Esplendente, se consigue luego de calcular el valor de los primeros 16.777.216 triángulos. Yo pasé sesenta años de mi vida trabajando sobre ellos, deseoso de hallar su mensura trigonométrica exacta. Me echaron de la empresa en la cual trabajaba y hasta mi mujer me dejó, pero nada ni nadie logró arrancarme de esta vida monacal que me impuse hasta registrar el valor de todos. No permití desviación ni tentación alguna. Impertérrito. No extrañará entonces, que esté lleno de odio contra cualquiera que pretenda poner en tela de juicio mi autoridad.

Pero como decía: luego de calcular todos estos triángulos —a medida que nos acercamos a los últimos, éstos se hacen más chiquititos y es difícil hacerlos—, surge lo que se denomina la *dispensa o indulgencia*, con lo cual uno ya queda eximido de seguir buscando la maldita y podrida cuadratura que arruinó mi existir. La odio a la cuadratura y a los círculos. Bastaría que algún estúpido me mostrase un cuadradito o aunque más no fuera un rombo, para que me diese un ataque de histeria y me dedicara a morder alfombras en las cancillerías.

Pero como afirmaba: yo ya estoy exceptuado de la obligación de seguir buscando, pues he alcanzado el estado de esplendor con el cual, la cuadratura del círculo está lograda y completa. (Echa una mirada terrible sobre sus mil doscientos discípulos, para ver si alguno osa rechistar, reírse u objetar o decir cosa alguna divergente, por mínima que la oposición fuera o la discordancia fuese, ya que hasta una tos da derecho a sanción por ser subconscientemente contraria a los elevados pensamientos del Maestro. Deseosísimo éste, de castigar a uno por lo menos; pero se queda con las ganas, pues ellos lo miran embobados, sin soñar con poner en tela de juicio su sapiencia; es más: ni siquiera parpadean y hasta se les caen las babas. Chasqueado, el Súper de la secta prosigue): Es indudable que quien discuta o dude en la más mínima forma del valor de la indulgencia o del número de triángulos necesarios, es una persona que no merece vivir; un inmundo asqueroso que sólo desea que todo empiece de nuevo y volvamos a preocuparnos y sufrir. Bien se lo ve a un posible discutidor que deseara sacarnos de nuestro estado de esplendor y descanso recién alcanzado, gracias a la solución del problema agobiante tras el cual evaporamos la juventud, el

tiempo y la posibilidad de las mujeres; bien se lo ve: como al infame nada lo preocupa este delirio porque él no lo tiene, entonces objeta: «Tal, y tal cosa». Hay que atravesarle la lengua con una lezna candente por blasfemo, y después romperle todos los huesos a garrotazos y cachetadas para que otra vez aprenda a no hablar de esas cosas terribles. Posteriormente echado a una cisterna llena de pirañas. Esta es la ley. La ley que impongo.

## Movimiento

—Bien: ya hemos alcanzado la cuadratura del círculo. El problema está definitivamente resuelto —el Súper miró hacia todos lados ferozmente, pero no enganchó a nadie—. Ahora podremos ponernos de inmediato a la solución de los otros asuntos: la trisección del ángulo, la cubatura de la esfera, el movimiento perpetuo, la piedra filosofal, el elixir de la larga vida, etc.; esto, por nombrar los más fáciles. Para el movimiento perpetuo tengo ya una idea, pero debo desarrollarla un poco más. Consiste en fabricar un reloj pulsera de esos que se dan cuerda solos, al hacer su dueño los movimientos habituales durante el día. Ahora bien: esta no es la máquina buscada, porque para que funcione vos tenés que andar moviendo el reloj. ¿Entendés, imbécil? —y se dirigió despreciativo y acerado a un discípulo dientudo, quien escuchaba con la mente en blanco, es cierto, pero no más que los otros. Fastidiadísimo por el hecho de no poder hallar ninguna víctima, esta especie de Jim Jones se decidió a designarla a dedo. El discípulo dientudo se puso fucsia de placer ante la distinción:

¡Qué maravilla!, ¡lo habían elegido a él para vejarlo y hacerle comer caca!, ¡albricias y primicias! El resto del discipulado, muerto de envidia y con los dedos hechos garfios, se arrió rechinante al homenajeado como una trituradora máquina. Sólo el respeto por el Maestro impedía que el distinguido favorito fuese destrozado en un segundo. El dientudo, mientras tanto, impertérrito. Miraba hacia adelante, con claridad, de perfil a los otros en ambos lados. Es indudable que aunque no llegaran a tocarlo, el odio concentrado de tantos tipos que dirigen las carabinas de sus focos, todo ello, habría bastado para producirle una destrucción subliminal; una y otra vez se largaban las hordas al asalto de sus trincheras subconscientes. Pero era inútil pues al otro lo sostenía la fuerza del Maestro, el carisma de la distinción conferida la cual, a esta altura, ya era un ser en sí misma. El Súper prosiguió:— El reloj solo no sirve, repito, pues la máquina del movimiento perpetuo se da cuerda a sí misma. Pero yo pensé en lo siguiente: si ponemos el reloj dentro de una boya en alta mar, bien aislado en una cajita de vidrio para que el agua no lo deteriore, nadie necesita moverlo porque el mismo mar se encarga con su vaivén, digo yo, de darle cuerda. Y así por los

siglos de los siglos. Y si alguien me objeta que después de una poca de años, o una mucha de miles de minutos, igual se detendrá a causa del desgaste que producirán los frotamientos sobre las piezas, a ese posible objetador yo le contesto pegándole un fierrazo, pues harto merecido lo tendrá por ser tan ridículo y asqueroso el enano mágico.

Yo soluciono el problema; que después se pare por razones ajenas a la máquina, extrañas o impropias, a mí ya no me importa. Proclamo Jubileo de Atón, o autodispensa. Estoy en pido. Sobreviene indulgencia. Lo importante es que el asunto quede teológicamente arreglado. Pronuncio la solvencia del fallo mediante dictamen de autoprovidencia.

Ahora eso sí, un momentito: esto que digo es sólo una primera fórmula de aproximación; necesita resonar con otra para darnos la verdad ultérrima, la no escrita sobre el papel por imposible, la no consignada en mis papiros; es menester, además, colocar al lado de toda constancia papiresca donde se explique que el movimiento perpetuo ha sido solucionado y cómo, a un verdugo con una navaja para castrar de inmediato a todo aquel que pose sus ojos en la apergaminada solución, y pretenda empezar con sus eternas discusiones sobre si está o no está resuelto el problema. Es preciso castrar a simple vistazo, sin aguardar a si está o no de acuerdo; sólo así, silenciando al charlista, podremos evitar que se destape otra vez la olla con los tipos cuya intención es no otra que hacemos caer nuevamente en la fiebre divergente de Universo, el sufrimiento de buscar, el horror de no encontrar, y la duda.

El implume dientudo, ya soberbio, moviendo a gran velocidad sus pellejosos alones de hueso, todo amarillo pero con pústulas blancas que lo van rielando por sectores como constelado atavío, se adelanta y por primera vez habla y piensa:

—Muy bueno, muy bueno Maestro. —Aletea en pausa, y luego prosigue—: Ahora claro, si es menester colocar verdugos continuamente al lado de los papeles, pensamientos o constancia escrita, ya estamos violando el principio de que la máquina marche sola.

No bien acaba de proferir esto, se arrepiente con toda su alma. El Súper lo hará castrar, por cierto, pero el daño ya está hecho: el otro ha hablado.

## Piedra

En un minarete cuya torre mide noventa metros de alto, perteneciente al Sublime Palacio, en el Califato de Córdoba, dos emires de igual jerarquía conversan entre sí:

—Por esto fallaron los alquimistas una y otra vez, y fracasan y fracasarán: ellos quieren transformar el plomo en oro. Por eso vuelan a la mierda sus retortas, balones para destilado, y se les echa a perder el polvo de proyección. El secreto consiste en

transformar el oro en plomo y después duplicar setenta veces el resultado. En esta forma, el ser, desprevenido y tomado por sorpresa, no acierta a defenderse y nos entrega sus secretos; vos violás su dispositivo de seguridad telepático. Porque él ya prevé que tratés de transformarle el plomo en oro. Pero lo que menos espera es lo opuesto.

Entonces la cosa es así: a un gramo de oro lo transformás en un gramo de plomo, y al mismo tiempo que esto suceda, ya vos vas duplicando el resultado: un gramo de plomo en el acto se hacen dos gramos que instantáneamente se transforman en cuatro, etc. Como la duplicación debe realizarse setenta veces y el tamaño del plomo ocuparía la Tierra, entonces a la mayor parte del metal la mantenés invisible, en forma potencial, y a medida que lo vayás necesitando, sacás un poco.

Todo este proceso debe ser sincronizado y simultáneo, ya que sólo puede realizarse una vez. Luego el ser aprende a reaccionar e incorpora tu nueva ley a la región de los frotamientos, o sea a la de la causa-efecto. Después de esta única ocasión, el que lo quiera repetir encontrará que su causa tendrá un efecto o reacción que por frotamiento se le opondrá.

¿Pero te das cuenta? Con un solo gramo de oro, que te puede costar a lo sumo cincuenta mil pesos, obtenés tres toneladas de plomo, a mil pesos el kilo. (Toneladas visibles; ni hablemos de las invisibles, a las cuales podés echar mano cuando se necesiten). Quiere decir que con esas solas tres toneladas tenés tres millones de pesos. Y podés hacer tu película. Y publicar tu obra. Y financiar un ejército secreto para invadir Soria antes que el Monitor, y encerrar al Megasoria en una jaula. Seremos todos felices pues el mal habrá sido destruido. El Megasoria es el Antiser viviente; al encadenarlo, el mal del mundo irá desapareciendo en forma paulatina y automática. ¿Qué te parece?, eh, eh, eh.

—Me parece que estás absolutamente loco.

## Filosofal

Dos linyeras cubiertos con andrajos de fiesta —harapos de casimir inglés— se han refugiado en una caverna donde la sal ha formado estalactitas y estalagmitas. Uno de ellos prepara la austera y magra —casi diríamos espartana— cena, revolviendo sobre el fueguito el contenido de media lata de picadillo mezclado con extraordinarias y difícilmente previsibles sustancias: pasto, por ejemplo. El otro, de espaldas a su compañero de aventuras, dice mirando la lluvia:

—Tengo una idea genial para vivir ricos y felices como maharajaes a costa de nuestro crédulo Monitor durante diez años y una semana.

Ah, sí ¿Y cual?

—Y no nos faltarán manjares, vinos exquisitos, mujeres y palacios.

—Cuál, cuál, cuál.

—Le decimos que hemos descubierto la piedra filosofal, pero que para producir el polvo de proyección necesitamos diez años; en ese tiempo no deben faltarnos riquezas ni manjares, y tiene que publicar nuestras obras y financiar nuestra película. Pasado el plazo de diez años, le pedimos una semana más de prórroga; nos la concederá, sin duda: para dar los últimos toques, le decimos nosotros; transcurrida la cual, nos suicidamos.

—Y, no sería mala idea.

## El checoslovaco

Ella estaba cada vez más gorda, decaída y vieja. Él, por el contrario, parecía con ello cobrar nuevos bríos. Podía tomárselo en cualquier jornada; ésta invariablemente lo hallaba más fuerte, saludable y coloradote que la precedente.

Él era checoslovaco. Hacía casi veinte años que había emigrado al país que lo aceptó. Trabajaba como ingeniero en una fábrica y era bastante competente. Se hizo amiguísimo del dueño; aprovechó esto para tratar de seducir a la hija, que no carecía de atractivos. Curiosamente, no logró enganchar a la homenajeadada pero sí a su amiga, muchacha un poco gordita y no fea del todo, a quien él jamás miró ni intentó conquistar. Como de estúpido no tenía nada, comprendió que con la otra perdía su tiempo y no insistió más; cambió de ruta en un segundo, enfilando sus cañones sobre la menos guarnecida plaza, quien se le rindió con armas y bagajes sin intentar —no ya diré una defensa a ultranza sino—, ni siquiera un simulacro diversivo vía diplomática.

Se casaron tres meses después; de esto, hacía diecisiete años.

Comentaremos como curiosidad, que a él le decían «el ingeniero del tornillo filoso». Vaya uno a saber la razón. Cierta vez el ingeniero del filoso tornillo fue al cine, a ver una película de terror. Quedó encantado. Siempre citaba ante sus escasos conocidos una frase de la cinta, que él atribuía al conde Drácula; «Mi querido amigo: las mujeres no son un vicio, son una necesidad»<sup>[11]</sup>.

El checoslovaco hablaba mal el idioma, pero no pésimo como a veces hacía creer. Cuando decidió matar a su esposa exclusivamente con armas secretas, en su arsenal contaba con el lenguaje; como si éste fuera la más letal e importante de sus ojivas nucleares de cabezas múltiples.

Se proponía el crimen perfecto; según él, por razones de estética. Así le llevase tres décadas, ella debía morir mucho antes que él por acción de su deliberada voluntad y el crimen, anto y ontológico, bello e impune, permitirle adueñarse de todo. «Las mujeres de piernas gordas no deberían existir —alegaba él ante sí mismo—; ofenden a la naturaleza. Deben ser eliminadas por razones éticas, estéticas, místicas y eróticas». Diremos de paso que, curiosamente, si bien él hacía ya largo tiempo que manifestaba indiferencia sexual por su mujer, no bien se le ocurrió asesinarla con armas sutiles, sintió que sus apetencias dormidas despertaban feroces. Era como volver a estar enamorado.

Se mostraba hasta dulce con ella. Casi afectuoso. Solía pararse quince minutos silenciosamente a su espalda en la cocina, mientras ella pelaba papas para la comida. No bien lo sentía, empezaba a ponerse nerviosa. «No puede retener cáscara» —decía con voz chirriante, mecánica, checoslovaca, en momentos en que ella no tenía ni la menor intención de permitir que algo se le cayera.

Justamente, Gloria procuraba corregir tres manijas que la observaban día y noche: su torpeza, puesto que chocaba los muebles, las cosas se le caían, calculaba mal la energía con que debía extender la mano para tomar un vaso y el contenido se derramaba sobre la mesa. Su gordura y el terror cervical a las enfermedades y la suciedad, constituían sus otros dos focos sépticos de neurosis. De estos tres ángeles del Apocalipsis, el que mejor controlaba era el primero. Con una gran fuerza de voluntad y poniendo mucha atención —era bastante distraída—, moviéndose lentamente los primeros meses, había llegado a suprimir el ochenta por ciento de sus choques con muebles y otros objetos —un fracaso la ponía histérica—, suprimiendo así esa in elegancia grotesca.

Por eso consideraba inoportuno e injustísimo que él removiera el avispero cuando se hallaba convalesciente de su torpeza. ¿A qué venía su «No puede retener cáscara»?

La mujer pegó un brinco, empezando a encrespase. Al rato ya le temblaban las manos. Renació su inseguridad. Para colmo, él agregó como subrayando: «Quien no puede retener cáscara, ella de mano cae».

Gloria sabía que él tenía dificultades idiomáticas; pero comprendía muy bien que la pésima sintaxis de la frase había sido exagerada a propósito. En estos casos había que oírlo hasta el final si se quería comprender el sentido completo de la oración, que no era revelado salvo con la última palabra. Nótese la expresión «ella de mano cae» en apariencia una inoperante deformación monstruosa, risible incluso. Pero era todo lo contrario, pues las palabras, así absurdas y troglodíticamente dispuestas, la puntuación y construcción gramatical arbitrarias, dislocadas, tenían toda la fuerza carismática de lo feo. Estaban destinadas a tocar los resortes ocultos de la mujer.

Era un plan perfecto y genial; Stepan, en efecto, estaba lleno de armas secretas. ¿Y por qué Gloria no se separaba? ¡Ah!: por inseguridad y masoquismo. Y él lo sabía a la perfección, así como no ignoraba ninguno de los otros puntos débiles de ella.

Luego, él adoptaba un tono comprensivo y condescendiente: «Pasa a cierta edad. Un amigo mío tiene mal de Parkinson y tiembla. Qué feo». Entonces, por fin las cosas se le caían: uno de esos cacharros de lata, por ejemplo, que hacen un ruido horrible y no hay forma de parados hasta que dan varias vueltas sobre sí mismos; existe la manera, por supuesto: agacharse en el acto y detenerlos con rapidez para que no giren, pero ello pone en claro la importancia que le damos al ruido, en momentos que uno sabe quién está detrás mirándolo todo: un verdugo atentísimo y lleno de sabiduría, alerta a cualquier reacción.

Cuando la maniobra se veía coronada por el éxito, él decía una de esas palabras solitarias que ella temía más que a sus frases mal construidas: «Lapislázuli». Después daba media vuelta y se iba. Era terrible el contraste entre el bello vocablo elegido, y el feísmo de la falta de coordinación motora que calificaba. Pero precisamente por ser bello es que lo escogía.

Él la acechaba para ver si iba al espejo. Entonces, cuando ella desolada no podía menos que tener en cuenta sus arrugas y otras, le decía aquello tan temido por ser como una expresión de su subconsciente que se materializara: «Me acuerdo cuando yo era joven, en Checoslovaquia, mi patria...». Y no decía nada más. Nunca nada directo. O sí. Según el momento. Todo dependía. Podía agregar con genuina ternura: «Petunia». Cuando ella empezaba a sonreír agradecida, aclaraba: «Petunia marchita».

Dentro de los instantes en que ella estaba bien arreglada y lista para salir, le decía con tono impersonal: «Pierna gorda. ¿No convendría un poco arriba el cuello adelgazar? Diente de oro pero boca arruinada. Qué estupidez. Lapislázuli». En estos casos, sus ataques sucesivos en diferentes sectores tenían como objeto que, al diversificar su agresión, ella no pudiera oponer una defensa organizada contra las distintas amenazas.

Gloria solía visitar a Julia, una de sus amigas. Con ella se confesaba mientras tomaban té sin masas en una confitería —la otra, que era flaca, no comía por razones de solidaridad—: «Julia, esta vez estoy segura: Stepan quiere matarme». «Calmate, ¿qué te hizo esta vez?». «Me dijo: “Pierna gorda”. “Una microbio y chaff. Kaput”. “Lapislázuli”». «Controlate, por favor, que no entiendo nada. Si no me contás los antecedentes no puedo comprender. Te dijo “Pierna gorda”. ¿Y qué más?». «Los otros días recibí por correo una caja llena de bombones deliciosos. Estaban a mi nombre pero no tenían remitente. Debe tratarse de uno de esos envíos de propaganda. Ya no saben qué hacer. Estos miserables no encontraron mejor cosa que mandarme a mí, que estoy a régimen, una caja repleta de bombones. Uno más rico que el otro. No me pude contener; empecé diciéndome que iba a comer nada más que uno, pero... Bueno, que te voy a explicar si vos sabés cómo son esas cosas. No, no sabes. Vos no sos gorda». «Bueno ¿y?». «Stepan me pescó justo cuando me había comido la mitad. Sonrió despreciativo con un costado de la boca, como hace él, y dijo: “Voraz. Voraz como un pájaro pichón gordo”. Pero eso no es todo. Vos sabés que tengo un problema circulatorio que me trato hace cinco años. Estaba viendo televisión lo más tranquila, con las piernas estiradas y arriba de un taburete para que descansasen. Él se puso a espaldas de mi sillón y dijo lleno de asco: “Fibrosa. Cuántas várices tiene usted. ¿No convendría curarlas? Mi madre se hizo una operación pero quedó peor. Caléndula”. ¿Eh?, ¿qué te parece?». «Bueno..., supongo que la peculiaridad de su temperamento indica cierta propensión a la crueldad mental. Pero eso sucede con muchos hombres. Creo por otro lado que está un poco loco, ¿qué quiso decir con la palabra “caléndula”, que no tiene nada que ver? ». «¡Viste!, ¡viste!». «Sí, bueno, pero aparte de eso... Por lo demás todo lo último no es tan terrible; si conoce tu afección circulatoria, es lógico que desee que te hagas atender. No lo dijo con mala intención. Un poco torpe de su parte, si acaso». «Los otros días pasó al lado mío como si no me viera y dijo despacio pero con la suficiente fuerza como para que pudiese oírlo: “Pierna gorda, monstruo



fibroso. Lapislázuli”. ¿Eso tampoco lo dijo con mala intención?». «Bueno, querida, vos sabés cómo es con las parejas que llevan mucho tiempo juntas. Se dan ciertos desajustes friccionales. Hay que ser tolerante y comprender. Con buena voluntad por ambas partes...».

«Julia, vos no entendés nada: *él me quiere matar*». «Ay, Gloria, por Dios, no seas exagerada y tremendista. Te convendría tener una conversación a fondo con él». «¿Vos te pensás que yo no intenté dialogar? Sabe mis obsesiones y me tortura con eso. Los otros días compré un libro nuevo, fantástico: es el sistema del doctor Guoches-Heink para adelgazar. Es un *best seller* que está ahora en todas las librerías. Parece que ese hombre es una eminencia. Pues bien, no había acabado de abrirlo cuando se me acercó Stepan por detrás, medio en bisel, y para desmoralizarme dijo con ese tono monótono y didáctico que a veces tiene:

“El problema con los tratamientos para no engordar es que uno desearía adelgazar ciertas partes. Desgraciadamente sólo enflaquece lo que ya estaba flaco”. Y se fue. Mirá si no será jodido y maldito.

Gloria suspende sus quejas un momento para tomar un sorbo de té, y luego prosigue:

Sabe que trato de controlar mi manía con la limpieza y el miedo a las enfermedades. En los últimos tiempos me estaba lavando las manos menos veces por día, e incluso utilizaba poco desinfectante para esterilizar ciertas cosas de uso diario. Estaba comiendo una presa de pollo doradita, con la mano, muy contenta. Stepan me miró de reojo y dijo mientras simulaba leer el diario: “Mucha gente muerta en Calcuta. Una microbio y chaff. Kaput”. No pude seguir comiendo. Me perseguí con la idea de que no me había lavado las manos y fui corriendo al baño, pese a saber que por fuerza me las requetelavé dos o tres veces; aunque sea por automatismo.

Cierto día la llevó de picnic. Ella no lo podía creer. Bien había cómo era Stepan; sin embargo, él en un segundo la enganchaba. Se fueron con el auto y la casa rodante hasta el río. Acamparon. Al principio, todo lo más bien. Él se volvió intimista: “Me encanta este río. Muy caudaloso. Me recuerda al Moldava. De verdad cosa hermosa es, ver Moldava pasar bajo puentes de Praga. Muchas flores”».

Ella lo escuchaba incrédula. Por un momento había visto el agua y los puentes, en aquella ciudad lejana y exótica. Tenía ganas de decirle: «¡Pero Stepan!, ¡si fueses siempre así!».

El checoslovaco siguió diciendo: «Qué rica agua. En verano da gusto agacharse y tomar el agua del Moldava», dicho esto dio media vuelta y se fue, para hacer un fuego más allá de la casa rodante.

Ella, hechizada por la brevísima descripción, se inclinó para beber del río. El líquido estaba delicioso. Luego volvió hasta donde se encontraba Stepan.

Él preguntó —de espaldas a ella, en apariencia concentradísimo en la tarea de

prender el fuego—:

«¿Estaba fresca el agua?». «¡Oh, sí!, ¡fue un deleite! Deberías probarla». Con tono impersonal: «No. Yo no tomo nunca agua de río. Se me fue la gana desde que médico amigo me contó una historia terrible». «¿¡Qué!?, ¿¡qué te contó!?» — preguntó ella asustada. «Parece que un matrimonio que él atendía se fue una vez de picnic. Era un día lindísimo y estaban muy contentos, pero a la tarde ella agonizaba. Llevaron rápido a sala de urgencia. Junta médica porque no sabían qué tenía. No daban pie con bola. Un médico viejito, de mucha experiencia, le pregunto al marido “¿Y por donde estuvieron ustedes?” “En el campo. Andábamos de picnic cerca del río”. “Aaja. ¿Y su señora tomó agua del río?”. “Sí, ¿por qué?, ¿hizo mal?”. “¿Y usted bebió?”. “No”. Fueron a investigar y en el río, muy cerca de ahí, había una vaca muerta. Todo podrida. Esa noche la mujer se murió.

Septicemia. Infección generalizada. Fulminante. No hay cura, ni aunque agarren a tiempo».

A ella se le había arruinado el día. Él, por el contrario, parecía a sus anchas. Veíasele gozar a plenitud.

Algún tiempo después, Stepan cambió de táctica: empezó a hacerle el amor una vez por semana. Desde el comienzo del día en el cual pensaba realizar el coito con ella, la iba seduciendo con mucha ternura y habilidad. Empleaba armamentos pesados con objeto de erotizarla: tocaba con su lengua el agujero de la femenina oreja, le decía cosas increíbles, hablábale de que sus rodillas eran esto y aquello. Todo todo. Hasta que ella se olvidaba. La conducía a la cama y con mucha ternura comenzaba a desnudarla como el hombre más enamorado del mundo. Ya en pleno acto, y cuando ella totalmente entregada estaba a punto de lograr el éxtasis, él le susurraba una de esas palabras o frases tales como «fibrosa», «pierna gorda» o «várices», y la mujer quedaba rígida y helada; de ninguna manera podía gozar. Él, en cambio, al verla en ese estado, sentía que unos enormes deseos sexuales, unos deseos sexuales mayúsculos le acontecían y gozaba como nunca. Precisamente porque ella no podía.

Y todo así.

En una ocasión ella lo enfrentó. Le dijo con helada calma: «Te veo tan hijo de puta como esos nazis que asesinaron a los judíos. Sos un criminal de guerra frustrado. Esta casa es un campo de concentración. Por la cocina corren tus alambradas electrizadas y tus perros. Yo soy la prisionera y vos el SS. Sos un guacho». Él, muy lejos de sentirse herido, quedó contentísimo con la idea. Lo tomó como el mejor elogio que podían haberle hecho. Sin embargo, comentó:

«Nunca lo había visto de esa manera. Seamos completamente justos no obstante, pues no me quiero apropiiar de glorias ajenas: ignoro si lo que dice es exacto, ya que jamás me molesté por estudiar caprichos, manías, preferencias o motivaciones, en alguien fuera de mí mismo. De cualquier manera comprendo a qué se refiere y, para

contestarle con su mismo punto de vista, le diré que el SS es usted. Yo en todo caso sería un modesto auxiliar; uno de esos subordinados de ínfima categoría que entraban en las cámaras para sacarle los dientes de oro a los cadáveres. Y lo digo aunque constituya una humillación para mi orgullo».

Lo impresionante de este parlamento fue que lo dijo casi sin acento eslavo y con estructura gramatical pasable. Ella se quedó helada.

Cuando el médico le dijo que su mujer tenía cáncer y que no se lo dijese pues ello podría abreviarle la existencia, él hizo cuanto pudo para que jamás se enterase y hasta el fin creyera en su curación.

Ella agonizaba. Esa era la noche y la madrugada de su muerte. Estaba lúcida, no obstante. Él entró al cuarto en sombras con una vela en la mano. La miró largamente y dijo: «Notable. Qué delgada la puso la enfermedad. Está usted bellísima».

Y se fue, dejándole el cirio a los pies de la cama.

## Inventando títulos en la caverna de invierno

Los señores Crk Iseka y Moyaresmio Iseka, quienes ejercían sobre un amplio entorno la monarquía absoluta de su pobreza de zares en el destierro —situación la de ellos aún peor si se quiere, puesto que jamás habían sido desterrados de nada—, poseían como aquellos emperadores, sus propios palacios. Así, tenían instalada en cierto paraje su gruta de verano, en otro una caverna de invierno, más allá la mazmorra de primavera y acullá cierta catacumba de otoño. Debido a la estación, se hallaban en ese momento en la rocosa caverna señalada en segundo lugar.

Moyaresmio estaba pasando a máquina un volumen de cuentos que pensaba enviar a determinado concurso. Como no tenía máquina de escribir pues eran muy caras, debió fabricársela él mismo. Construyó al efecto un artilugio grande como un órgano, con taburete y teclado, al que hacía funcionar a golpes de karate.

Puñografiada que era la letra «a», por ejemplo, saltaba hacia el papel un enorme tipo de barro cocido enganchado a un palo, largo éste como el brazo de una catapulta. El tipo, entintado con betún para zapatos, luego de cumplir su objetivo se hacía polvo. Ya que sólo servía por una única vez, Moyaresmio tenía innumerables trabajos de recambio: miles de letras «a», «b», «c», «d», etc., así hasta llegar a la «z». Esto sin mencionar a las mayúsculas y los signos de puntuación.

Era un poco laborioso pero, con su paciencia infinita y la disciplina espartana que se había impuesto, estaba llegando poco a poco al objetivo. Trabajaba quemando etapas puesto que el concurso literario pronto cerraría la admisión de obras. Escribir así, a pura presión y desajuste friccional, lo obligaba a un esfuerzo titánico; además le costaba carísimo: como los tipos usados resultaban muy grandes por razones técnicas inevitables, al pasar en limpio un cuento de siete carillas empleaba quinientas hojas. Y tenía doce o trece cuentos para enviar. Con este oficio de escribir había desarrollado tal musculatura en los brazos —sus manos a esa altura estaban blindadas por callosidades como planchas—, que habrían llenado de envidia al más avezado Maestro japonés en artes marciales. Moyaresmio acompañaba el puño-grafiado con gritos de combate.

Su amigo Crk, por su parte, también tenía una máquina parecida pero a pedales, con la cual hacía dieciocho años que pasaba en limpio una interminable obra. Las hojas escritas sumaban ya veinticinco toneladas, e iba recién por la mitad. Su caso era peor que el de Moyaresmio, pues tenía la manija de que ante la menor interrupción arrancaba la hoja y empezaba nuevamente. Eso sin contar con que, por razones estéticas, la más leve mancha lo obligaba a cambiar de papel; si recordamos que los tipos eran de barro cocido y se rompían, comprenderemos el escaso número de hojas que permanecían limpias hasta el fin. Como si ello fuera poco, en todos los años que llevaba escribiendo ese libro había madurado varias veces; a saltos, como siempre

ocurre. Forzoso era entonces empezar de nuevo toda la obra, al notar sus juveniles carencias.

Lo que aumentaba el ordenado caos en la caverna —y por ende las dificultades para escribir— era el hecho de que ambos poseían innumerables mascotas y otros animalitos de servicio: setenta pájaros distribuidos en treinta y cinco jaulas propagadas por todo el lugar, gatos (Benito y La Colorada), gatitos, dos boxer: Franz y La Pity, un ovejero alemán llamado Suki, una rana plateada para quien cazaban moscas, cinco pollitas famélicas, patos, gallinas pigmeas, gansos, gansitos, carpinchos, grullas y hasta una garduña amaestrada. Para colmo La Pity había tenido cachorros. Además, luego de muchas aventuras tenían sendas mujeres, hijos adoptivos y propios, etc. Con el etcétera quiere significarse todos los bicharracos regalones de los menores y de sus madres. El batifondo era infernal. La caverna de invierno pedía a gritos por lo menos una duplicación o, de ser posible, la partenogénesis.

Además de lo arriba señalado, las tareas de ambos escritores se veían entorpecidas, por el hecho de ser muy frecuente la ruptura de los palos delgados y largos, que catapultaban sus embetunados tipos. Precisamente en esa tarea de recambio se hallaba Moyaresmio. Incapaz de un exabrupto, vociferó en tono culto y bonapartista:

—Voto a fusas y demontres. Cuerpo de mil galeones y walkirias con espadas: se hizo mierda otra de estas frágiles varillas. Suerte que tengo dos gruesas de repuesto.

Crk:

—¿Falta mucho, Ilustre?

—¿Para finalizar estos cuentos maravillosos y jamás vistos? No. Ya casi termino. Lo único que me aflige es no haber hallado el título general que los abarque. A ver qué le parece éste: *Rompiendo pianos a fierrazos*.

—Demasiado agresivo.

—¿Y A patada limpia?

—Me gusta, pero también resulta muy chocante.

—¿El incendio de los pianos monótonos?

—Excesivamente monótono. Por otro lado ¿de qué pianos está hablando?, si en esos cuentos no aparece ningún piano.

—Ya sé, pero me gustó como título.

—No, mi amigo. No. En ese sentido, con títulos que no tienen nada que ver con el contenido, ya existen *La cantante calva* de Ionesco, y *El otoño en Pekín*, de Boris Vian. Por ese lado vamos mal.

—¿Y La epopeya de los enanos furiosos?

—¿Ahora le dio por los enanos? Es lo mismo: no aparece ningún enano. Aparte, lo van a confundir con *Orlando Furioso*. Los ignorantes, claro.

—¿Y Los enanos rabiosos?

—*El juguete rabioso*, Roberto Arlt. Piense en algo más original.

—Ya sé: Intentaron romper el cerco.

—Parece una novela de guerra.

—Espadas de hielo, discurso de fuego.

—Hermético.

—Quemando con alegría banderas hechas con papel de diario.

—Largo. Además da lugar a confusión.

—Como una joya la Tecnocracia en el loto.

—Místico. Lo van a leer únicamente los orientalistas.

—Narrando historias sobre los jardines colgantes.

—Van a pensar que es algo relacionado con Babilonia, y ese tema no le interesa a todo el mundo.

—Se incendia el teatro de dramas y comedias.

—Título estúpido, Indigno de usted.

Como Crk no creía en los concursos, podía permitirse aquella implacabilidad. A cada minuto Moyaresmio se ponía más nervioso. Pensó con desesperación, estrujando su cerebro:

—¡Ya lo tengo!: Satanás el jardinero.

Dubitativo:

—Mmh... *Satanás el jardinero*... —llegando a una conclusión brusca y excomulgante—: No. No sirve.

Con odio:

—¿¡Pero por qué!?

En primer lugar recuerda a *El jardinero español*. Aparte, *Satanás* es poco fuerte.

—¿Poco fuerte?, ¡pero si Satanás es fuertísimo!

—Es fuertísimo en el mundo, pero conformando el título estaría desprestigiando a éste de antemano. Desde el iluminismo la gente se burla de Satanás y nadie cree en él. Los no creyentes van a pensar que se trata del libro de un pastor protestante de nuevo cuño, o algo así. Tampoco los creyentes se interesarán.

—¿*Los porotos de Jack el Destripador*? Los porotos serían cada uno de los cuentos.

—¡No!, ¡pero qué manija! La gente se va a asustar. No lo va a leer ninguna mujer.

Moyaresmio parecía contentísimo de tan furioso que estaba. Graznó eléctricamente:

—Ya que no son viables los títulos que mencioné, quizá tenga más suerte con mis plagios. Podría llamarlo: La ciudadela, Ha llegado un inspector, El proceso, La metamorfosis, La náusea, Un tranvía llamado deseo, El zoo de cristal o En busca del tiempo perdido.

—Deje de delirar, por favor.

—¿Y qué, entonces?

—No sé: algo nuevo y que no asuste. Demuestre que usted es un autor «inteligente»; en esa forma nadie sabrá que es inteligente de verdad, cosa peligrosísima. Téngalo en cuenta: muchas personas leen solamente los títulos. Después compran la obra y la archivan en sus bibliotecas *per sécula*. Si no se esmera, perderá el treinta y cinco por ciento de los lectores.

Ya enloquecido y sin escucharlo, Moyaresmio comenzó a farfullar:

—Pato Donald, Bichito Buki, Alicia en el país de las maravillas... ¡No me abandonéis, sagradas musas!

—Tómese lo con calma, todavía tiene tres días para mandarlo antes que cierre el concurso.

Al oírlo, Moyaresmio se puso todavía más nervioso:

—El doctor Zivago, La muralla china, La madre, La guerra y la paz...

—Título impacto. Que reúna las siguientes condiciones: UNO corto DOS que tenga que ver con la obra TRES no asustar CUATRO inteligente pero no demasiado CINCO intrigar SEIS humor SIETE que no se parezca a ningún otro OCHO no debe dar lugar a equívocos NUEVE evite hermetismos y toda referencia escatológica.

—Podría llamarse El delirio de los gallos titanes.

—Me parece conocido.

—Lo plagí de Gog de Giovanni Papini.

—Déjese de pamplinas y piense en algo serio.

—*A ése me lo matan a sillazos*. Antes que me diga nada, le anticipo que lo robé de una frase de *El otoño del patriarca*<sup>[12]</sup>.

—Ya sé que se lo plagió a Márquez. Fuera de esta consideración es muy largo: siete palabras.

—¿Y Mátenlo a sillazos?

Cansado:

—No..., no.

—¿Pero seguro que El delirio de los gallos titanes no le gusta?

—Me gusta, pero no para esa obra. Además, lo van a demandar. Si no me cree pregúntele a Susana y ella le va a decir lo mismo. (Susana era la mujer de Moyaresmio).

—Podría titularse así: Susana.

Escandalizado:

—¡No!, ¡no! Ya no está pensando. Le digo que debe inventar un título cuyo sentido tenga que ver con la obra, y usted sigue poniendo cualquier cosa.

—Estoy desesperado.

—Ya sé que está desesperado y lo justifico. Pero con enloquecer no gana nada;

así es peor. No se deje manejar, Ilustre.

Moyaresmio se revolvió intranquilo y apuradísimo:

—Señor Crk... usted, puesto en su última palabra y ejerciendo su derecho de veto en las Naciones Ligadas, ¿supone que *El delirio de los gallos titanes...*?

—Mi última y definitiva palabra es no.

Ante la intransigencia de su amigo, Moyaresmio cayó en la depresión más profunda:

—Un título..., un título... —como si alguien hubiese hablado dentro suyo—: *La terraza de las audiencias a la luz de la Luna*.

Con sorna:

—¿Ahora se dedica a robar preludios de Claude Debussy? ¿Por qué no le pone *La Cathédrale engloutie*, o *La filie aux cheveux de Un*?

Moyaresmio lo miró con odio:

—No me moleste. Estoy pensando.

Crk se reía en su cara:

—Pero sí, mi querido amigo: puede llamarlo *La divina comedia*, o *La comedia humana*, o *Ulises*. ¿Y si tentara el cine ruso, como quien tienta a Satán?

Titúlelos: La epopeya de los años de fuego, Pasaron las grullas, La balada del soldado, El acorazado Potenkin. Tampoco olvide la literatura de los disidentes: El archipiélago Gulag, Un día en la vida de Iván Denisovich. Aunque pensándolo un poco, todo esto es demasiado conocido. Llámelo más bien La caza del Snark, obra de Lewis Carroll

Moyaresmio se iluminó con un rayo de esperanza:

—Sí que podría ser. A ese libro lo leyeron únicamente usted y Borges.

—Se equivoca. Es una obra bien conocida. Aparte, mientras exista uno familiarizado con ella... Más bien titule a sus cuentos *Boquitas pintadas*.

—No se puede. Es una novela difundidísima. Puig me va a demandar.

—Pero le puede escribir una carta para que lo disculpe. Cuénteles su problema. Me dijeron que es una persona accesible y comprensiva.

—Sí, bueno; pero aunque él esté dispuesto a perdonarme, la crítica igual me va a transformar en picadillo.

—¿Le parece?

—Y, sí —luego de una pausa, Moyaresmio prosiguió—: ¿Y si lo llamo *Introducción crítica a la teoría de la plusvalía*?

—Eso es de Marx. Van a acusarlo de comunista.

—¡Ya sé!, entonces lo llamaré *Mi lucha*.

—Lo van a macular con el remoquete de nazista.

—Elanarquismo es la única verdad.

—Lo van a meter preso. Inútilmente, pues no tiene nada que ver con los cuentos.



—El anarquismo es una mentira absoluta e infinitísima.

—Como título es pésimo, y tampoco tiene nada que ver con la temática.

—¿Y si lo llamo Matando enanos a garrotazos?

Por primera vez en mucho tiempo, Crk prestó atención. Pensó largamente y dijo con sinceridad:

—Me gusta. Además, lo relaciono con esa poesía que Horacio Romeu, alias Pepón, cita al comienzo de *A bailar esta ranchera*

*A la vera de un camino  
dos enanos castigaban una flor  
mientras le decían:*

*—Aunque tengas buen olor  
¡no nos gustan las florcitas!*

Crk siguió meditando:

—Sería como vengado a Pepe Romeu. Incluso ya me imagino la tapa: un enanito de jardín a quien le pegan un terrible garrotazo. Me gusta.

Moyaresmio, con entusiasmo:

—¡Incluso al comienzo de los cuentos puedo citar la poesía de los enanos y decir que es una cita de *A bailar esta ranchera*!

—Citar la cita, dice usted.

—¡Seguro!

—No es mala idea. Me gusta, me gusta.

—A su vez, el cuento de cierre será el formado por todas nuestras discusiones buscando títulos.

—Muy bien. Y el cuento finaliza cuando usted encuentra el título que verdaderamente figura en los cuentos. Es como el eterno retorno, el volver a empezar.

A Moyaresmio se le fue el entusiasmo. Dijo en forma inesperada:

—No. Me niego.

—¿Pero por qué?

—Porque el lector está esperando justamente eso. ¿Sabe cuántos han hecho terminar sus obras por el principio? Miles.

Crk se encogió de hombros:

—Creo que tengo la solución. Pero no voy a decírsela, porque si así lo hago se negará de manera terminante a usarla aunque esté de acuerdo. Prefiero que la encuentre usted mismo.

Algunas horas después volvió Moyaresmio, y dijo con gran tranquilidad:

—Pensándolo mejor he decidido que el cuento termine con la elección del título verdadero que se le puso a la obra —al oírlo, Crk sonrió y no dijo nada—. Al final el autor renuncia a sus «hallazgos sorprendentes» y a sus genialidades estúpidas, decidiendo asumir lo esperado. Haré notar que el deber del escritor es justamente hallar sus límites. Y ello debe ser así pues no hay otra posibilidad de crecimiento.

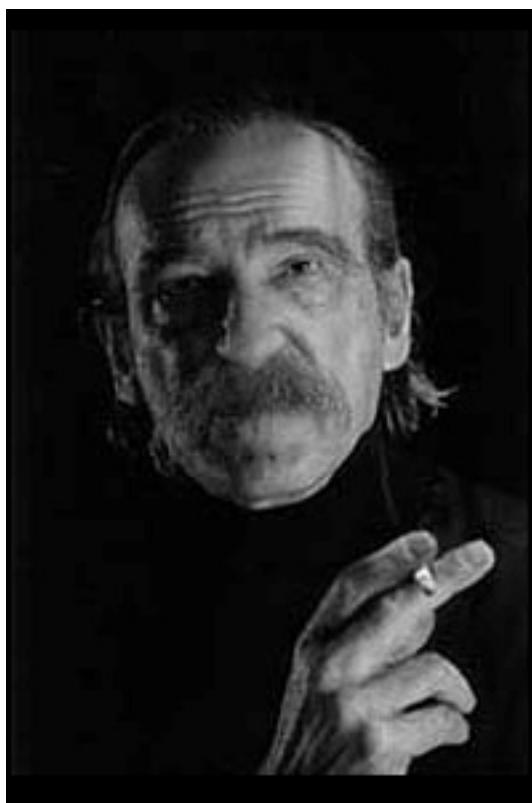
Podría haber encontrado otro cierre: uno de esos finales «locos» y «originales». Pude, por ejemplo, haber seguido la narración hasta sus últimas consecuencias: luego de analizar y discutir cuál es el mejor título, Crk y Moyaresmio a su vez discuten cómo van a cerrar lo discutido, y luego analizan lo analizado y discuten lo discutido para encontrar el cierre del cierre, y después el cierre del cierre del cierre, así hasta llegar a lo infinitesimal, que nos daría un epílogo abstracto, con la detención del idioma en el análisis de la última palabra y de la última letra. No lo hago porque todo eso es peligroso y conduce a la esterilidad.

Crk:

—Me alegra muchísimo que se haya dado cuenta.

—No me diga que a todo esto usted lo sabía desde un principio.

—Sí, lo sabía. ¿Qué le parece si nos fumamos unos deliciosos cigarrillos armados con papel egipcio?



ALBERTO LAISECA. Nació en Rosario (Argentina) en 1941 y, desde hace algunos años, es asesor de la editorial Letra Buena. Es autor de las novelas *Su turno para morir* (1976), *Aventuras de un novelista atonal* (1982), *El jardín de las máquinas parlantes* (1993) y de la monumental saga *Los Soria* (Premio Boris Vian), libro mítico que permaneció inédito durante dieciséis años. Ha publicado además un libro de relatos, *Matando enanos a garrotazos* (1982), el volumen de poesía *Poemas chinos* (1987) y el ensayo *Por favor, ¡plágienme!* (1991). Sus ficciones, que inventan mundos muy singulares y apelan a la imaginación y a la desmesura, han suscitado la admiración incondicional de numerosos escritores, críticos y lectores.

# Notas

[1] Todas las canciones, con los intérpretes mencionados, fueron extraídas del long play: Punto de reunión Munich. B. L. E. Telefunken. <<

[2] Como el día mencionado empezó la primera guerra atómica, las botellas envasadas en esa fecha eran muy buscadas ya que tenían todo el bouquet de las primeras radiaciones. <<

[3] Pese a todo, no debe confundirse al señor Moyaresmio con un espiritualista. Miraba sólo el cielo terrenal, con sus crepúsculos y amaneceres. Los límites son la más elevada pasión del hombre; esto hacía que Moyaresmio fuese una persona normal, lo cual también es un límite. <<

[4] Definición de la palabra excremento, según la Enciclopedia Sopena, tomo 1, pág. 1080, quinta edición, Barcelona, 1933: «... en general, cualquiera materia asquerosa que despiden los cuerpos por alguna vía natural». <<



[5] Los sorias eran los habitantes de Soria, nación ésta contra la cual la Tecnocracia estaba en guerra desde hacía cinco largos años. Las cosmovisiones de ambos países eran opuestas. En Soria todos tenían el mismo apellido: Soria tan sólo variaban los nombres de pila. De la misma forma, la totalidad de los habitantes de la Tecnocracia se apellidaban Iseka. <<

[6] Hojas de hierba. <<

[7] Porque en definitiva, investigando el fondo de la grieta y en momentos de expansión mientras los guardias hacían un fueguito en el fondo de ella para tomarse unos mates, notamos que cada vez había menos carbones encendidos. Como si alguien se los llevara. Al acercarse al fuego y mirar más de cerca, vieron un agujero que se iba agrandando por momentos debido al peso de la pava, leña y otras, y que se estaba tragando los carbones. Los guardias informaron de la novedad a toda prisa. Poco después los ingenieros tecnócratas, mediante explosivos, hacían volar toda esa parte del fondo de la grieta; resultó en realidad un delgado tabique natural que separaba de una segunda caverna, con forma de cono truncado invertido; y estos fueron los cálculos (para hacerlos se consideró el cono como completo y no trunco, porque era más dilatado en ciertas partes y, entre unos y otros desajustes friccionales, los errores resultaban compensatorios:



Radio de la base: 300m

Altura del cono: 493,9 m (igualo semejante 494 m)

Área de la base:  $\pi r^2 = 3,14 (300)^2 = 282.600\text{m}^2$

Volumen:  $282.600 \times 494 = 139.604.400 \text{ m}^3$  (habrían sido en realidad  $139.583.333 \text{ m}^3$  si en vez de 494 m hubiésemos puesto su verdadero valor 493,9. El error es de  $21.067 \text{ m}^3$ , y si tres cadáveres entran por metro cúbico: 63.201 cadáveres es el error por exceso en los cálculos). Por lo tanto entrarían 418.750.000 cadáveres. Es decir que entre la vieja y la nueva grieta entrarían 1.400.000.000.

En realidad ya se sabía que la necesidad de los exterminios elevaba a 1.400.000.000 el total de personas que era preciso ejecutar (para ahorrarse las cámaras de gas —esto sea dicho de paso— se decidió finalmente arrojar desde las naves aéreas a los prisioneros vivos, quienes se estrellaban contra el fondo; el alarido colectivo de grandes masas de gente cayendo fue registrado en grabadores estereofónicos de alta fidelidad); así, una vez que medimos el largo y ancho de la subgrieta, traté de calcular cuántos metros debería tener de profundidad, para que en ella cupiesen los 418.750.000 cadáveres restantes, y así completar los 1.400.000.000. Si 418.750.000

cadáveres ocupan un volumen de 139.604.400 m<sup>3</sup>, y el área de la base del cono levemente truncado e invertido encontrado mide 282.600 m<sup>2</sup> de área, entonces:  $139.604.400/282.600: 493,9$  (494m, redondeando). Es decir: 494m de hondo debería tener la subfosa para que los cadáveres entrasen. Hice fuerzas dentro mío para que la realidad concordase con mis deseos y, de ser necesario, que mis deseos modificasen la realidad hasta que ésta coincidiese con lo necesitado. Una hechicería, en este sentido. Y, en efecto, medía. 494 m de profundidad aproximadamente, la subfosa. <<

[8] N. del «autor»: «Bombardeo de Dresden: cada bomba es una medición más y la sumatoria de todas las bombas nos refiere con exactitud el tejido fino de la substancia antepenúltima —la penúltima es la apertura del séptimo sello». <<

[9] En efecto: hubiera, hubiese, nos darían: hubihubieerase. El mismo tipo de muy frecuente error se comete al escribir conviniera, conviniese; de ellos podría quedamos algo tan imposible como: concovinvininieerase, o peor aún: cooviniaeseviecnnn. Como si todo ello no bastara o bastase (basbastaratase), tenemos el famoso fuera o fuese —que también se aglutinan las pérfidas—, dándonos el fosfórico y tan temido: fuefuraese. Ahora bien, el problema no es éste. La tragedia recién comienza cuando empiezan a echarse miraditas amorosas: hubihubieerase, coiniraeseviecnnn, basbastaratase y fuefuraese, las muy homosexualoides; pues nada ni nadie podrá impedir en ese caso la aparición de: hubifuefuraviniraesbasbastahubicooeeraeviecnratannseese y otras miasmas, las muy colectivistas y sépticas.<sup>[A]</sup> <<

[A] Esta nota es para Gómez. Escuche, Gómez: cuando yo subrayo una palabra, quiero significar bastardilla; palabra esta última la cual, también irá en *bastardilla*, etc. No se vaya a confundir con los tipos, Gómez. Que no nos ocurra como la última vez, cuando hicimos la traducción de *Matando enanos a garrotazos* al mohicano. No ponga negrita, versalita ni cosa alguna salvo bastardilla. Me encanta la bastardilla. Pero como le decía, Gómez, errores de tipografía que eran disculpables en nuestra versión mohicana, ya no pueden tolerarse cuando traducimos al castellano. Seamos serios, Gómez. Soy uno de esos escritores importantísimos. Recuerde que esta obra mía es libro de cabecera entre los aborígenes bosquimanos. Soy *best seller* en Fidji y Tonga. He sido traducido varias veces al cheyeene y al bantú. Si yo fuefuraese. — (Perdón. Me volvió a pasar)—. Si yo fuese a las islas Marianas, o al Toga o a Katanga, todo el mundo me pediría autógrafos; las «fans» de Tanganica, vertiendo lágrimas, guardarían como recuerdo el pasto que yo pisase. Como años atrás hacían con los Beatles. Las inglesas en Londres, por supuesto. Muchas gracias y no lo tome a mal, Gómez. <<

[10] Podría haberse utilizado un método más sencillo: el de rociadores automáticos por cambio de temperatura. Cuando el calor sobrepasa cierto nivel, en un recinto, se funde cierta bolita hecha con un material especial; el agua cae al ya no tener un obstáculo que impida su paso.

El bey no aceptó este último método a pesar de su menor complejidad, por no corresponder a su intención fantástica. <<



[11] En realidad a esto lo dijo otro personaje, en una versión inglesa de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Srevenson. No recuerdo el título del film. <<

[12] «muerto a sillazos». <<